

MULTI, META y... OTROS VERSOS



NICOLÁS GENOVECIO LUCÍA

Dinastía

MULTI, Meta y...
OTROS vERSOS



NICOLÁS GENOVECIO LUCÍA

Dinastía

Genovecio Lucía, Nicolás
Multi, meta y... otros versos —Nicolás Genovecio Lucía. 1a ed. —
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dinastía 2023.
136 p; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-8995-30-4
1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

1a edición argentina: agosto de 2023.

Título: Multi, meta y... otros versos

Autor: Nicolás Genovecio Lucía

Dinastía Editorial

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-987-8995-30-4

Impreso en Elías Porter Talleres Gráficos,

Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

en el mes de agosto de 2023

Queda prohibida la reproducción total o parcial así como su almacenamiento o fotocopiado mediante cualquier sistema electrónico o mecánico sin la debida autorización del autor o de la editorial.

*A mis viejos, que me brindaron todas las herramientas
que hoy puedo utilizar.*

A mis profesores, por marcarme el camino.

*A mis escritores favoritos, por inspirarme y demostrarme que las histo-
rias son ficción, pero eso no las hace menos reales.*



ÍNDICE

Prólogo	9
La cinta de Möbius	15
Parque municipal	23
Microverso	27
Traduttore, traditore	30
Abby y Caro	33
Criptomnesia, el padecimiento del escritor	37
Pathos y acné	42
Nugfria	45
Audiencias imaginarias y mantos de invisibilidad	53
El arte de convivir	56
Contacto con el presente	59
2187	62
Fantasmas digitales	86
Desarraigo	93
Fantasías invernales	97
Detrás del perfil	101
Luisito, el inspector de aves de corral	105
Lista de reproducción en aleatorio	113
Del otro lado de la bifurcación	118
Aquellas tardes de domingo	123
La voluntad del clarinete	126



PRÓLOGO

Al pensar en el momento en que se empezó a gestar este libro se me ocurren diversas fechas y acontecimientos. Desde chico siempre fui un gran lector, con épocas de mayor o menor lectura, pero siempre con un libro empezado esperándome. El libro original de mi biblioteca personal es *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, un regalo de navidad de parte de mi tía del corazón cuando tenía tres años, en cuya primera página figura una dedicatoria escrita con lapicera azul “Para Nicolás, con todo mi amor, Negrita. 25/12/2000”. Este es el libro más viejo que fue originalmente mío, pero, a medida que mi biblioteca se fue expandiendo, recibió aportes de las bibliotecas de mis viejos y de librerías de usados. Mi casa siempre estuvo repleta de libros y mi mamá solía leerme cuentos antes de dormir casi todas las noches, por lo que este libro no podría existir sin ellos.

En la primaria, comencé a leer novelas, desarrollando un hábito de lectura más constante. Si la memoria no me falla, lo primero que leí fue la colección de C. S. Lewis, específicamente *Las crónicas de Narnia*, que sacó el diario La Nación en 2005 y mi papá me compraba todas las semanas. Fue en esa época que comencé a escribir. Solía inventar historias, chistes,

anécdotas, que contaba en las reuniones familiares, pero, en algún momento de la escuela primaria, tomé la decisión consciente de sentarme frente a la computadora del living de mi casa y dejar esas historias por escrito. Eran pequeños cuentos, de no más de diez renglones, lo que se suele denominar microcuentos, pero a mi familia les gustaban. Mi viejo me ayudó a copiarlos uno debajo del otro en Word y a imprimirlos, luego los recortamos y los llevaba a la escuela, donde los cambiaba por caramelos o vendía por veinticinco centavos. Esa fue la primera vez que me leyeron. Lamentablemente, nunca pude encontrar esos primeros escritos y solo recuerdo que uno estaba protagonizado por un torero y un tsunami antropomórfico.

Después de varios años alejado de la escritura, tuve una excelente profesora de Prácticas de Lenguajes en segundo y tercero de la escuela secundaria, María Inés Cardinal. Lo interesante de sus clases era que no solo constaban de la lectura de obras literarias y la enseñanza de reglas gramaticales, sino que también nos invitaba (bueno, nos obligaba, porque era necesario para aprobar, pero yo lo veía como una invitación) constantemente a escribir. En los dos años que fue nuestra profe tuvimos que escribir una novela corta. En esa época había descubierto las novelas y cuentos de Sherlock Holmes por lo que estaba fascinado con el género policial. En segundo año escribí *El misterioso caso del chupacabras* y, en tercer año, *El misterio de la media S*. María Inés fue muy afectuosa en la corrección de ambos trabajos, sus palabras de aliento despertaron por primera vez una idea, un sueño, algún día publicaría un libro.

Sin embargo, no escribía de forma espontánea, sino que aprovechaba toda consigna escolar que lo permitiera. Tal fue el caso de *El tío Sam va al psicólogo*, cuento que surgió en

respuesta a una consigna libre de mi profesora de política de quinto año, quien también me motivó a seguir escribiendo.

Durante mi último año de la escuela secundaria, me enteré de las reuniones literarias de la filial mercedina de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Asistí a las mismas durante gran parte del año 2015, escribiendo de manera periódica, ya que cada jueves compartíamos un escrito con los demás miembros. Fue ahí que comencé a escribir prosa lírica, pequeños escritos reflexivos con lenguaje poético, pero escritos en prosa. Recolecté esos escritos en el boceto de un libro que titulé *Reflexiones desde la periferia*, el cual imprimí, anillé y regalé una copia a mis viejos y a mis dos pares de abuelos. Con el inicio de mi carrera universitaria, en 2016, dejé de asistir a las reuniones de la SADE, pero, con menor frecuencia, seguí escribiendo prosa lírica y empecé a publicarla en Facebook.

Saltando al año 2021, un periodo de muchos cambios sociales y personales, envié por primera vez algunos escritos de mi autoría a concursos literarios. Fue una época bisagra entre la pandemia/cuarentena plena y la vuelta a la normalidad, aún se usaban barbijos, la virtualidad era la norma académica y laboral y estábamos re-aprendiendo a relacionarnos. Paralelamente, estaba atravesando el primer año tras mi egreso de la Universidad de Morón, donde estudié la Licenciatura en Psicología, y no podía ejercer mi profesión por no contar aún con el título. En esos meses, entre diciembre del 2020, que me recibí, y julio de 2021, que comencé mi labor clínica, retomé la escritura creativa y mandé algunos de mis escritos, prosa lírica, a concursos literarios. Para mi grata sorpresa, uno de mis escritos, *Zafira*, fue aceptado para conformar la antología *Poesía II* de la Editorial Dunken. Tres meses después, *Alternancia surrea-*

lista y *La mística de la nostalgia*, ambos incluidos en *Reflexiones desde la periferia*, recibieron Primera Mención Especial en el concurso Despertar de las letras del Instituto Cultural Latinoamericano. A partir de estos primeros resultados, comencé a escribir con mayor frecuencia y a enviar mis obras a más concursos.

En mayo de ese año, la filial mercedina de la SADE lanzó la convocatoria Premios Literarios Borges 2021. Esto implicó dos retornos, el de la SADE, con la cual había perdido contacto seis años atrás, y la vuelta a los cuentos, los cuales no escribía desde la escuela secundaria. Escribí *Luisito, el inspector de aves de corral*, el cual obtuvo segundo lugar en la categoría narrativa. Así comenzó formalmente mi etapa como escritor de cuentos y la gestación de este libro.

El título *Multi, meta y... otros versos* implica, al menos, tres categorías, aunque las divisiones no sean tan claras. La mencionada obra relacionada a Borges, incluida en este libro, es un ejemplo de la categoría Multiverso. Este concepto designa un número generalmente infinito de universos paralelos que comparten un mismo plano existencial. En las obras de ciencia ficción, estos universos suelen contener versiones diferentes de los mismos individuos y/o sucesos alternativos a los de la historia de nuestro universo. Este es el caso de *Luisito, el inspector de aves de corral*, en el cual imagino lo que hubiera sucedido si Borges hubiese aceptado el puesto de inspector de mercados de aves de corral al cual fue designado durante el primer gobierno peronista. Otras historias ubicables en esta categoría son *Del otro lado de la bifurcación*, también borgiana, *La voluntad del clarinete* y las distópicas *Nugfria* y *2187*.

En cuanto al metaverso, si bien puede prestarse a confusión con los escenarios que utilizan realidad aumentada para posibi-

litar la interacción con entornos digitales –al estilo de lo propuesto por Mark Zuckerberg–, refiere a la metatextualidad, la metaficción y al metahumor, es decir, al texto hablando sobre el texto, a personajes que hablan de situaciones que les terminan sucediendo a ellos mismos. Se propone una dialéctica entre lo leído y la realidad, en la cual los límites no son claros y se rompen constantemente. Ejemplos de esto son *La cinta de Möbius* y *Criptomnesia, el padecimiento del escritor*.

Finalmente, los *otros versos* del título se desprenden de situaciones estudiadas en mi carrera, conversadas en mi práctica clínica y vivenciadas en carne propia. Un concepto clave en estas historias es el de rumiación, pensamientos obsesivos de carácter negativo centrados, generalmente, en el pasado. Son historias, narrativas, ficciones, que nos contamos a nosotros mismos y terminamos asociando con la realidad. Es un proceso por medio del cual las personas centran sus pensamientos en los síntomas de su malestar, pensando en posibles causas y consecuencias, enfatizando el problema, lo que les impide pasar a la acción y buscar soluciones. Lo que coloquialmente conocemos como “hacerse la cabeza”. Nos comemos el cuento que nos proporciona nuestra mente sin cuestionarlo demasiado, habitamos la ficción construida a base de reglas y creencias en modo automático. No es de extrañar que la nostalgia tenga un rol protagónico en estos relatos, es un exceso de pasado que se hace presente queriendo revivir algo que ya no existe. Algunos cuentos propios de esta categoría son *Traduttore, traditore*; *Audiencias imaginarias y mantos de invisibilidad*; *Fantasmas digitales*; *Fantasías invernales* y *Detrás del perfil*.

Los límites entre las categorías no son claros en todos los cuentos, pero todos comparten ciertos elementos que los unen dentro de este universo de bolsillo en forma de libro. Espero que lo disfruten.



LA CINTA DE MÖBIUS

Los caminos de las gélidas tierras del norte no eran los mismos que Gareth recordaba de su infancia. Muchos años habían pasado, quizás no fueron muchos, pero para él fueron largos y desesperanzadores. El dilema de la vida de un recolector se debe a los bruscos cambios que conllevan su entrenamiento y el posterior ejercicio de la profesión, cambios que le impiden sentarse a reflexionar sobre el curso de su existencia. No obstante, volver a atravesar estos parajes helados lo remitía a épocas pasadas, pertenecientes a una vida que le parecía ajena.

Eran pocos los jóvenes seleccionados por el embajador de las Tierras del Valle en persona para llevar a cabo la tarea de rastrear a los enemigos de la Corona, menos aún aquellos provenientes de familias de artesanos. Gareth era un caso especial, así lo sintió por muchos años, era el encargado de contradecir al destino, de sacar a su familia, sus padres y su pequeña hermana, de la miseria. Sin embargo, no hay mejor maestro ni peor motivador que el tiempo, destructor de ideales y forjador de carácter. Ser “representante de la voluntad real entre los hombres”, “protector del imperio”, “la espada en la oscuridad” son solo eslóganes arcaicos infundidos en los corazones de los

niños con el afán de mantener vivos los valores patrióticos que han destruido reinos, países e imperios por milenios.

Gareth era consciente de ser solo un desdichado, cumpliendo una misión que no sentía como propia, cuya única ganancia eran unas insignificantes monedas destinadas a una familia que no sabía si seguía con vida. Pero, ¿cuál sería su esencia si comenzara a cuestionarlo?, ¿su verdadera identidad? Prefería ser un hombre con una misión a no ser nadie, a no ser nada.

Quizás no estaba tan mal asesinar enemigos constantemente o urdir una intrincada red de engaños para derrocar tal o cual ciudad-estado, pues al vagar sin rumbo la mente se ve coaccionada a ocupar las horas reflexionando y es ahí donde uno ve el verdadero sentido de su vida, o, en su defecto, la falta de sentido.

Los párpados del caminante comenzaron a sentirse pesados y a ceder, pero él estaba determinado a seguir por unas cuantas horas más. Fue al dar un paso en falso, dándose de bruces contra la nieve, que decidió armar campamento para pasar la noche.

Mientras organizaba sus pertenencias, escondiendo sus pocos objetos de valor, escuchó un aullido que erizó hasta el último pelo de su cuerpo. No parecía haber sido proferido ni por un humano ni por un animal. Emanaba dolor, angustia y tristeza. Gareth no podría dormir tranquilamente sin antes hallar la fuente de tan aterrador sonido.

Motivado por la curiosidad, emprendió la búsqueda a través del bosque sin reparar en los peligros que este entrañaba. Caminó toda la noche, guiado por el grito que se repetía en intervalos irregulares y le parecía tan condenadamente familiar. Tras pasar por quinta vez por un farol abandonado, se rindió frente al presentimiento de estar dando vueltas en círculos.

Mientras volvía al lugar donde había ocultado sus pertenencias, vislumbró algo de color naranja en el suelo y cedió ante el impulso de recogerlo. Era una rana, naranja con rayas negras. Le acarició el lomo y la guardó en su bolsillo, quizás podría darle algo de compañía. Estaba preparado para dormir, pero no podía conciliar el sueño, pues seguía pensando dónde había oído hablar de ranas naranjas con rayas negras. Finalmente, recordó que su abuela le cantaba una canción de cuna cuando era niño, una clásica tonada del este de las Cumbres Violáceas:

*Roger era un niño feliz y educado
Un joven alegre y muy calmado
Solía correr por las altas planicies
Jugaba con Eli y cazaba perdices
Un día a su madre él no obedeció
Ella lo quería, pero no lo dudó
Y un duro castigo le aplicó
Por las altas planicies debía correr
Mientras la lluvia de invierno se dejaba
caer
El niño como un desafío lo vio
Y sin dudarlo dos veces aceptó
El tiempo helaba y la lluvia golpeaba
Pero Roger seguía y por nada paraba
Hasta que un hermoso naranja observó
Era una ranita que un brinco pegó
Roger la agarró de un manotazo apurado
Y ese fue el fin del niño educado*

La canción era una advertencia para que los niños pequeños no jugaran con animales que podrían ser peligrosos. Al darse cuenta de esto, Gareth saltó de su lugar de descanso y se sacó los pantalones donde estaba la rana, pero era demasiado tarde, su pierna estaba hinchada y llena de costras. La visión fue tan desagradable que no pudo retener un grito, al cual reconoció como el aullido que había iniciado la búsqueda que llevó al hallazgo de la rana. Fue ahí donde notó la presencia de otra persona junto a él. Descomunal fue su sorpresa cuando se vio a sí mismo parado a dos metros de distancia.

...

Benjamín estaba harto de que siempre le ocurriera lo mismo. Cada vez que tenía una idea para un cuento se la contaba a sus amigos, a su novia y a su madre. Se convencía de su idea y del potencial de la misma, pero cuando se sentaba a escribirla encontraba serios problemas para desarrollarla, saltando rápidamente al desenlace, no tenía talento para describir la antesala de los sucesos, para preparar el ambiente. El doble de Gareth debía aparecer en la decimotercera página, no en el comienzo de la tercera. El tedio que le causaban las interminables descripciones de los lugares que Bilbo debió atravesar en *El Hobbit* o los días del Capitán Ahab en *Moby Dick* lo llevaban a acortar el tiempo entre sucesos sorprendentes en sus propios escritos. Un manuscrito de cuatro páginas lleno de plot twists, de vueltas de tuerca, lejos está de ser una obra maestra. No solo es impublicable, sino también un bodrio para los potenciales lectores, quienes no llegarían a acostumbrarse a los per-

sonajes de la historia antes de ser confundidos con un cambio en los acontecimientos.

Cada historia a medio escribir desechada lo llevaba a cuestionar su valía como autor. Después de todo, la base de su autoconcepto literario era un trabajo de política de la escuela secundaria en el que había imaginado al capitalismo encarnado en la figura del Tío Sam, quien, siendo incomprendido por otros entes abstractos, acudía al psicólogo en búsqueda de ayuda. Un escrito pomposo a los diecisiete años no es el mejor indicador de prosperidad en un ámbito tan competitivo. Eso sin contar que la principal razón que lo motivaba a escribir era cautivar mediante sus historias a una chica de la que se había enamorado en su adolescencia. Benjamín era consciente de lo delirante de este enamoramiento, la había conocido por internet y solo salieron una vez, pero había quedado flechado. Diez años después, se aferraba a la idea de que su fanatismo por las novelas fantásticas, sumado a una posible nostalgia por esa cita aislada, la llevara a comprar su libro y enamorarse de su prosa.

A lo largo de su adolescencia, y en los inicios de la adultez, conoció a muchas otras mujeres por las que se sintió atraído, pero nunca fue correspondido. Estaba seguro de que nunca volvería a sentir un amor tan pasional, tan juvenil. Las letras lo ayudaban a sublimar estos sentimientos, creando escenarios en los que el protagonista finalmente terminaba con la chica idealizada. Sin embargo, las letras no pagaban las cuentas, no aún al menos, por lo que debía abocarse a su monótono trabajo como seguridad en eventos privados. La noche en la que descartó la gesta de Gareth, debía asistir a una recaudación de fondos para la construcción de un complejo deportivo municipal.

El evento era tan aburrido como la mayoría en los que había trabajado, repleto de políticos, snobs y cazadores de estatus. Pero la noche cambió drásticamente cuando fue saludado por una voz familiar. Era Emilia, su amor adolescente. Benjamín pasó rápidamente de un estado de estupor inicial a la puesta en práctica de una acción que había practicado mentalmente durante años para cuando llegase el momento. Se saltó la charla banal y le preguntó por aquella cita fallida. Ella le contestó que había notado gran falta de interés de su parte y que al no besarla al final de la noche pensó que solo la quería como una amiga, pero lo quería demasiado para ser solo su amiga y por eso decidió ignorarlo hasta que desapareciese toda relación entre ellos. Al escuchar su relato, Benjamín sintió un alivio momentáneo, sabía la verdad, la laguna más grande de su historia había sido drenada, pero a esa sensación la inundó una colosalmente mayor, culpa, pues lo que había pasado no era más que una consecuencia de su timidez, por no haberse animado a hacer lo que tanto anhelaba.

Le contó su versión de la historia, lo que sentía por ella y cómo había condicionado su vida alrededor de la posibilidad de volver a encontrarla. Ella lloró. Benjamín no lo podía creer, estaba frente a Emilia, mostrándose vulnerable frente a tantas personas. Él, no obstante, estaba extasiado, podrían estar juntos al fin, ambos sentían lo mismo por el otro. En ese momento, una criatura de no más de cinco años se le acercó y tiró de su camisa. Era hermosa, parecía salida de un cuento de hadas. Sin embargo, algo en su rostro le pareció familiar.

—¿Por qué hizo llorar a mi mami, hombre malo? —lo increpó la niña encolerizada.

En ese momento, un hombre de su edad se acercó a Emilia e intentó consolarla. Por la forma en la que la abrazó, Benjamín

se dio cuenta de que era su esposo. Se culpó por ser lo suficientemente estúpido para pasar por alto la alianza en su dedo anular.

Esa noche lloró, había pasado una década y su vida había seguido otro rumbo, pero no pudo reprimir el llanto, las vivencias adolescentes son más fuertes que las del resto de la vida, lo que impide que cicatricen correctamente.

...

Las historias románticas eran las favoritas de Milena, pero esta era demasiado. Era un compendio de clichés, eso sin contar la horrenda prosa. “Cautivar”, “flechazo”, “extasiado”, “criatura”, ni hablar de la pseudometáfora de la laguna. La novela había sido un regalo de su mejor amiga para disfrutar durante sus vacaciones en la playa, pero no solo la había decepcionado, sino que la hizo pensar en su propia historia adolescente...

...

—¿Por qué apagaste? Estaba interesante.

—Por favor, amor. Me gusta “La cinta de Möbius”, está bueno el formato antología, podemos ver capítulos sueltos sin tener que seguir el hilo, pero el guionista de este episodio tuvo la idea más trillada del mundo. Una historia épica que en realidad es el boceto de una novela, que es la excusa para contar una historia de desamor que está leyendo una mujer en sus vacaciones. Es terrible.

—Quizás al guionista le pasaba como al autor del capítulo y no podía pensar en el desarrollo de la historia, así que juntó varias ideas cortas.

—¿Quién escribiría algo tan ridículo pensando que podría gustarle a su público? No se me ocurre nada peor.

—Podríamos ser nosotros los personajes de un cuento, agrandando la mamushka de historias.

—No, por favor, no me imagino mayor bodrio.

—Era solo un chiste. Mejor poné Animal Planet.

—¡Sí! Hoy dan un especial sobre ranas.



PARQUE MUNICIPAL

Junio. 10° de sensación térmica. Dos bicicletas apoyadas sobre un árbol con pocas hojas restantes. Un mantel hecho un bollo por el viento. Botellas vacías. Migas desparramadas. Una torta con dos porciones faltantes. Dos jóvenes, un chico y una chica, recostados mirando el cielo.

—¿Te puedo pedir algo muy random?

—Ay, no me asustes, espero que no me salgas con algún fetiche raro

—No, nada que ver, aunque, en cierto sentido, es más vergonzoso

—Dale, tonto, decime.

—Quiero que leas un mensaje.

—¿Lo escribiste vos? ¿Para quién?

—No, es de una persona que ayudé por el trabajo.

—Bueno, dale.

Hola Marcos. Espero que estés muy bien. Quería hacerte una consulta. Tengo una amiga que tiene un hijo de 19 años que necesita resolver algunos asuntos delicados. Enseguida pensé en vos y te re-

comendé con los ojos cerrados. Yo siempre voy a estar agradecida por lo que hiciste por mi hija, gracias a vos quiere vivir, cambió la cabeza totalmente. La salvaste y nos salvaste. Gracias y ojalá puedas ayudar al nene de mi amiga. Un beso.

—¡Ay, es re lindo! ¿Siempre te mandan cosas así?

—No, me han dicho alguna palabra amable o algún agradecimiento más efusivo, pero nunca así.

—¿Cómo te sentiste? ¿Le contestaste? Yo me muero si me mandan algo así.

—Al principio, me puse contento. Estaba feliz. A veces, el trabajo se vuelve monótono, tedioso, me cuesta ver el valor de lo que hago, siento que estudié por años para hacer algo que podría hacer sin haber tocado un libro o, incluso, que lo que hago no sirve. Ese mensaje me hizo acordar por qué elegí mi carrera y el impacto positivo que podemos tener, sin darnos cuenta, en otros. Yo veía que la hija de esta mujer progresaba, pero nunca pensé que mis intervenciones la ayudaban de esa manera. Imaginate que me junté a comer con mis amigos, se los conté y me picaban los ojos, tuve que hacer un esfuerzo enorme para no llorar.

—¿Por?

—Porque me emocionó el mensaje.

—Sí, ya sé, amor, pero, ¿por qué no lloraste?

—¿Frente a mis amigos? No da, iban a pensar que soy un sensible bárbaro.

—¡Pero es verdad! Sos súper sensible, no tiene nada de malo.

—No puedo arruinar años y años de forjarme fama de cínico por un mensaje conmovedor.

—No podés ser tan ridículo.

—En fin, el mensaje fue agradable porque me hizo sentir orgulloso de mí mismo de una manera nada egocéntrica, porque era un orgullo por ayudar a los demás. Fue una sensación totalmente nueva y llega un punto de la vida donde las sensaciones nuevas son la excepción a la norma.

—Marcos, ¿vos me mentiste con tu edad? Porque en tu perfil decía 32 años y estás hablando como si estuvieses pensando en jubilarte pronto.

—Bueno, encima de linda, graciosa, me saqué la lotería.

—Sos rápido, eh. Te la dejo pasar esta vez porque quedé conmovida por el mensaje. Otra jugada seguro, se lo debés mostrar a todas con las que salís.

—No, de hecho, a eso estoy intentando llegar. Como no podía ser de otra manera, esa felicidad me duró poco, porque rápidamente me dejé llevar por mi tendencia a la rumiación y le empecé a dar vueltas al asunto. Me entristeció no tener a nadie con quien compartir ese momento, me sentía realizado como persona, lo cual no se suele sentir a diario, y no podía correr a decírselo a alguien a quien amara. Sentía algo que sentí muchas veces y solo puede ser descrito como nostalgia, por aquella relación que nunca tuve, por ese acompañamiento que no estaba, algo ridículo porque la nostalgia suele hacer referencia a lo que se perdió. Era nostalgia por lo nuestro, Vane. Nostalgia no por lo que fue, sino por la expectativa de lo que iba a ser y aún no era. Fijate de cuándo es el mensaje.

—De hace seis años.

—¿Y qué pasa cada vez que te quiero mostrar que tengo razón sobre algo que discutimos hace tiempo?

—No podés porque borrás todos los mensajes a diario, incluso los importantes y después puteás porque no encontrás la información que necesitás.

—Exacto, excepto este. Lo guardé para leerlo con la causa de mi nostalgia. Capaz en ese momento no tenía nombre, pero después de hoy me di cuenta que se parece bastante al tuyo.



MICROVERSO¹

Este es el día en el que mi realidad va a cambiar de una vez por todas. Bueno, no va a cambiar, sino que la voy a cambiar. No podría ser de otra manera, nací solo, viví solo y, probablemente, muera solo. Hoy pretendo escapar de una vez por todas de mi cárcel, de esta matrix que no puede ser otra cosa que eso, una simulación, un engaño, un artificio. No concibo otra explicación, es ilógico pensar que soy el único ser vivo existente. De ser así, ¿quién me creó?, ¿qué son esos haces de luz afuera del mundo conocido?, ¿de dónde proviene la comida que día tras día cae del cielo cíclicamente en el mismo horario?

Tiempo atrás abandoné la idea de que las sombras y la comida sean la obra de deidades, pues no concibo el sentido de una cosmovisión de uno solo, de un panteón cometido a mantener viva a su única criatura. Esto tiene que ser obra de otros como yo, debo ser un prisionero expiando los pecados de quienes vinieron antes de mi nacimiento, de mis padres quizás.

Me he convertido en un erudito de este mundo, de mi mundo, buscando alternancia, variaciones mínimas. La comida es

¹ Originalmente publicado en la antología *Renacer de las letras* del Instituto Cultural Latinoamericano (Mención de honor en el concurso homónimo).

lo que me permite calcular el paso de los días, concebir un corte temporal, descomponiendo la existencia en unidades. La segunda constancia de cambio en mi pequeño universo es su nitidez y la pérdida de la misma. La claridad abunda por días hasta que finalmente se pierde y mis movimientos culminan en golpes contra los límites de mi mundo. Cuando lo que me rodea se convierte en un color sólido, nublando mi campo visual, sucede algo que me es muy difícil describir. Es como si mi mundo se achicara, se condensara, llevándome a sospechar que fui removido del mismo y puesto en una dimensión alterna. Luego de un breve tiempo, vuelvo a mi microverso, el cual es nítido nuevamente.

Una de las primeras singularidades que recuerdo fue la caída de gigantes verdes del cielo. Parecían vivos, pero no lo estaban, eran inertes como el suelo de mi mundo y sus cuatro límites. Sus colores eran vistosos y nítidos, una variación agradable a los marrones del suelo.

Sin contar al suelo rocoso, los gigantes muertos y los límites físicos de mi mundo, todo lo que podía verse era uniforme, homogéneo, indiferenciable. Pero siempre hay una excepción, en este caso también sería mi salvación. Me refiero, por supuesto, al increíble volcán en constante actividad en uno de los vértices de mi hogar. Mi hipótesis es que su función es proyectar el límite superior de mi mundo, el único que no es físico, pero que igual me es imposible traspasar, cada vez que lo intento soy repelido por una fuerza, me vuelvo débil y me obliga a retroceder. Mi error siempre fue intentar franquear este límite por el medio de mi cárcel/hogar, a diferencia de hoy que tengo un plan, uno diferente, superador. Esta vez, haré uso del mismísimo volcán para impulsarme hacia lo desconocido,

hacia la última frontera, más allá de lo que la visión alcanza a percibir.

Me preparo en el límite contrario al volcán y avanzo a toda velocidad, nunca me moví tan rápido, la esperanza de un mundo mejor, más estimulante, menos solitario, me impulsa. Titubeo un momento, pero me lanzo sobre las burbujas. Me elevo a una velocidad al menos tres veces mayor a la que conseguí previamente. Rompo el límite superior, me inundan los colores, la luz. No veo límites en este mundo, el espacio se siente más ligero...

Nunca sentí tanto dolor. De hecho, el único dolor que había sentido con anterioridad se debió al hambre. Todo mi cuerpo está entumecido, el golpe fue demasiado brusco, no creo sobrevivirlo. No puedo respirar, esta dimensión se basa en una composición química diferente a la mía. La luz se debilita. Escapé de mi prisión, pero debo pagar el costo por hacerlo, mi propia vida.

...

Un hombre ingresa a la sala de estar de su hogar y encuentra a su único pez a pocos centímetros de la pecera, inmóvil. Mueve lentamente la cabeza, desganado. Lo agarra, lo tira al inodoro y apreta el botón. Acto seguido, saca su celular y le envía un WhatsApp a su esposa.

Cariño, se murió otro pez. Cuando tengas un ratito libre, pasá por la veterinaria del centro y traé uno igual para que los chicos no se den cuenta. Te amo.



TRADUTTORE, TRADITORE

La rutina de trabajo y estudio se estaba tornando insoportable. Me levantaba temprano, realizaba un trabajo poco gratificante, lidiaba con personas desagradecidas, no ganaba lo suficiente, me acostaba tarde, no tenía tiempo para desarrollar mis pasatiempos y, lo peor, transitaba todo en la más absoluta soledad. Eso cambió cuando me instalé Tinder.

Los días pasaban y no conseguía ningún match. Desfilaban los perfiles, alcanzaba el límite de cuentas likeadas permitidas y no se armaba ninguna pareja. La angustia iba en aumento. Bajé mis expectativas y, finalmente, conseguí mis primeros matches. El bodrio fue insoportable.

—Hola. ¿Cómo andás?

—Bien, ¿vos?

—¡Me alegro! Yo bien.

—¡Me alegro por vos! ¿Qué hacés?

—Nada, ¿vos?

—Leyendo una novela.

—¿Qué? Re embolante jajajaja.

Después de quince conversaciones similares a esa, estuve a punto de desinstalarme la aplicación y convertirme en religio-

so célibe o, aún más dramático, intentar chamuyar en bares/fiestas, pero pasó algo inesperado. Hice match con una chica a la que no había likeado de manera automática, sino que me interesaba genuinamente. Era una estudiante de intercambio danesa que estaba cursando la carrera de bellas artes en mi ciudad. La química fue instantánea, coincidíamos en todos los puntos importantes, la banalidad del deporte organizado; la superioridad de Woody Allen frente a Wes Anderson; la necesidad de revalorar los clásicos ingleses del siglo XIX, entre otras nerdeadas anacrónicas para la gente de nuestra edad. Lo inevitable sucedió y arreglamos un encuentro. Teatro, una función de Les Luthiers; café y caminata por la ciudad de la furia.

Nos encontramos en la plaza principal de Mercedes. Ella llevaba una falda beige y un sweater combinado. Desde esa primera visión, perdí noción total del tiempo. Las dos horas y media de viaje en 57 a Capital se pasaron en un parpadeo. La charla era fluida, sin filtros, auténtica, sin miedo de herir al otro o decir algo políticamente incorrecto. Hablábamos en inglés, ya que el español de Astrid era poco más que rudimentario. Razón por la cual no fue mi momento de mayor lucidez invitarla a una presentación de Les Luthiers, ya que gran parte de sus espectáculos se basan en un uso humorístico del lenguaje. No fue una gran idea a priori, pero los resultados fueron extraordinarios, ya que a la mitad de "Lo que el sheriff se contó" ya nos habíamos embarcado en una rigurosa exploración de nuestras cavidades bucales.

Terminada la función, nos refugiamos en un pequeño café de barrio y hablamos de cuestiones más coloquiales, de las temáticas que suelen aflorar al conocer a alguien nuevo. Anécdotas de la infancia, caricaturas favoritas, gustos impopulares y peculiaridades de nuestras familias. Nuevamente, la charla dis-

torsionó mi percepción del espacio-tiempo y, de alguna manera, terminamos en un banco de una plaza chiquita, cuyo nombre no recuerdo. Fue ahí donde nos besamos por segunda y primera vez. Segunda, porque ya lo habíamos hecho en el teatro. Primera, porque esta vez fue diferente, nuestro primer beso había sido apasionado, este era tierno, era la firma de un pacto, un nexo entre dos mentes, entre dos corazones.

Las ilusiones son rápidas en su construcción y lentas en su desaparición, pero las causas de este efecto pueden desaparecer como por arte de magia. Astrid, se fue, sin aviso, dos días después de nuestra primera, y única, cita. Volvió a Dinamarca. Solo me dejó un mensaje desabrido en el cual explicaba que nuestro beso había sido corriente. Detalle cruel que me dejó en claro que solo fui una atracción exótica en su viaje al extranjero.

...

—Ay, amiga. Mi viaje a Argentina fue maravilloso. Su cultura es una dimensión alterna a la nuestra y viví una auténtica historia de amor. Obvio que mis lazos con nuestra tierra natal son muy fuertes y necesitaba volver, pero detesto las despedidas, así que no se lo dije a Agustín. Quizás algún día nos volvamos a ver. Siempre recordaré ese beso electrizante que nos dimos en la plaza la noche de nuestra primera cita. Todo mi cuerpo se sintió movilizado por una sensación parecida a una descarga eléctrica. Me consuela saber que Agus sabrá esto, que fue un amor que nunca olvidaré, él y su "beso corriente" (Astrid dice esta expresión en español). Así es "elektrificeren de kys" en español según mi diccionario. Suena muy bonito.



ABBY Y CARO

Abby estaba paseando por los bosques del pequeño pueblo en el que había vivido toda su vida. Con tan solo doce años no había sido una vida muy larga, pero sin dudas estuvo llena de amor y diversión. Los miembros de su comunidad formaban una gran familia, compartiendo la crianza de sus hijos, sus secretos y sus sueños. Sin embargo, Abby no era del todo feliz. Desde sus primeros días en este mundo, la curiosidad había marcado todas sus acciones, un rasgo mal visto por su familia, ya que eran muchas las leyendas que corrían sobre los peligros de la región puntana. Una cantidad incontable de niños habían desaparecido de las comunidades pertenecientes a esta parte del país. Si la pérdida de un niño es una tragedia, la desaparición sistemática que diezma a un pueblo es un hecho innombrable. A modo de precaución, los más ancianos miembros de la comunidad decidieron prohibir aventurarse más allá del camino de Santa Sabrina.

Esa particular tarde de abril, Abby salió de su casa rumbo al bosque para recolectar hojas de otoño. Quería sumar al menos siete nuevos tonos de marrón a su inventario. Las horas pasaban y solo había encontrado una hoja nueva. Ya había recorrido los mismos lugares miles de veces. El deseo de conseguir

su botín era muy grande, planeaba utilizarlo para armar un álbum y regalárselo a su adorada tía por su cumpleaños. Estaba comenzando a anochecer y ella sabía que no le quedaba demasiado tiempo para volver sin romper su toque de queda, pero debía terminar su misión, ya que el natalicio de su tía sería celebrado el día siguiente. Abby se sentó en una gran piedra y empezó a enlistar otros posibles regalos. Estaba considerando la posibilidad de escribirle una canción cuando escuchó risas a lo lejos. Nunca había escuchado a nadie fuera de su comunidad, se había alejado demasiado.

Las risas sonaban como las de sus hermanas pequeñas, por lo que asumió que provenían de niños de un poblado vecino. Decidió seguir las. Abby se movió con sigilo para no sorprender a los niños y por miedo a esas extrañas criaturas a las que jamás había visto, o siquiera oído. Avanzó unos pocos metros hasta llegar al borde de una vieja calle de campo, tenía que ser el camino de Santa Sabrina. La decisión no fue fácil, pero el deseo de regalarle un bello álbum otoñal a su tía era demasiado grande y Abby no era ninguna niña débil, sabía valerse por sí misma. Cruzó el camino.

Esa área nunca antes explorada del bosque no era muy diferente a la que había frecuentado toda su vida, aunque encontró las hojas que necesitaba para completar su colección. Se olvidó momentáneamente de las risas, avocándose a completar su tarea inicial. Estaba levantando la última hoja, llena de orgullo y alegría, cuando oyó una voz detrás de ella.

—No sos de acá, ¿verdad?

Abby nunca había visto a una niña con vestidos tan extraños, nadie en su comunidad usaba ropa como esa, tan colorida, tan inusual.

—¿Sos muda? Te hice una pregunta.

Abby estaba inmovilizada por el miedo, podría estar frente a una de las criaturas de los cuentos de terror que circulaban en su comunidad, aquellas que secuestraban niños.

—Me llamo A...Abby, ¿y vos? —dijo con la voz entrecortada.

—¡Qué lindo nombre! Yo me llamo Carolina, pero podés llamarme Caro.

—¿Vas a lastimarme?

—No, tontis, solo quiero jugar con vos. Vení, dame la mano, quiero que me ayudes a buscar hojas de otoño, me gusta coleccionarlas.

Abby no tenía amigas, la mayoría de las niñas de su edad habían sido secuestradas y, las que no habían sufrido ese horrendo destino, eran sobreprotegidas por sus padres, sin tener permiso para jugar afuera. No creía que una niña menor que ella pudiera lastimarla y se sintió atraída por el interés común por las hojas de otoño. Le sonrió a su nueva amiga, dio un paso adelante y agarró su mano.

Todo comenzó a dar vueltas, los colores se mezclaban y no había forma de distinguir entre arriba y abajo. La cabeza empezó a dolerle con una intensidad insoportable. Comenzó a llorar. Sentía que cada parte de su cuerpo se inflamaba. Se sentía extraña. Finalmente, la oscuridad dominó la escena.

Lo primero que Abby vio al despertar fue el cielo, lo que la inquietó, ya que la vista del mismo era totalmente clara. Esto era imposible. Abby siempre veía la punta de su nariz. Se puso de pie. Al mirar para abajo dejó escapar un grito de auténtico horror, estaba vestida de rosa. Jamás en su vida había usado rosa. Peor aún, reconoció en este extraño atuendo las ropas que usaba Caro. Desconcertada, comenzó a caminar sin rumbo. Tras dar unos pasos en falso con la mente totalmente embota-

da, se encontró frente al camino de Santa Sabrina, pero del otro lado de este no estaba el bosque de su pueblo, sino un precipicio. Cruzando el camino no había nada, solo vacío. Abby no podía creer lo que estaba viendo. El miedo comenzó a apoderarse de ella. Desesperada, corrió en dirección contraria al camino, buscando volver al lugar donde se había encontrado con Carolina. Sin saber cómo, lo logró. En el medio del claro donde conoció a quien creyó sería su primera amiga, yacía un cuerpo sin vida. Era el cuerpo de una niña vestida con una capa negra. Su piel era amarillenta, su nariz puntiaguda, cubierta de verrugas. Era su propio cuerpo. Abby quiso gritar, pero no pudo, le faltaba el aire. Sus piernas flanquearon dejándola arrodillada. De pronto, oyó una voz que la hizo estremecerse.

—¡Caro! ¡Caro! Aquí estás mi niña preciosa. No podía encontrarte por ningún lado. Ya es hora de cenar. ¿Por qué demonios estás arrodillada en el medio del bosque? ¡Te vas a ensuciar la ropa!



CRIPTOMNESIA, EL PADECIMIENTO DEL ESCRITOR²

Nahuel Galán López estaba tomando un café en un pequeño bar de pueblo mientras buscaba en su notebook concursos literarios a los que enviar sus obras. El joven abogado había terminado sus estudios a finales del 2020, encontrándose en agosto del presente año, 2021, en un proceso de inserción laboral que lo agobiaba. Con la intención de despejar su mente, y hallar una actividad placentera que lo alejara del estrés que conllevaba la búsqueda de trabajo, comenzó a escribir relatos cortos, una actividad que no realizaba desde que era chico y recordaba con nostalgia.

“77 historias que revolucionaron la humanidad” era el título del certamen que eligió para competir por primera vez. El certamen era una iniciativa del Ateneo Literario de Guaymallén, Mendoza, y la única condición para participar era que las obras referenciaran de alguna manera al número 77, en homenaje a los setenta y siete años de la fundación de la institución. La consigna era lo suficientemente amplia para que pudiera

² Originalmente publicado en la antología *Celebración de las letras* del Instituto Cultural Latinoamericano (Mención de honor en el concurso homónimo).

escribir sobre lo que quisiera, razón por la cual eligió este certamen por encima de otros con requisitos más estrechos, como era el caso del “9° Concurso C.S. Lewis” del Círculo Medievalista de Tandil. Había leído a Lewis en su infancia, pero no recordaba nada.

Siguiendo su rutina de inducción de inspiración, emprendió una caminata sin rumbo por la ciudad de su infancia, en busca de algún estímulo que despertara una idea plausible de convertirse en una historia. Luego de media hora de paseo sin que se le ocurra siquiera el esbozo de un argumento, optó por escuchar una lista de sus canciones favoritas, a modo de catalizador de la inspiración. Fue una buena idea. La cuarta canción reproducida, *Back in the USSR* de los Beatles, lo hizo pensar en la guerra fría y en la carrera espacial, derivando en una historia en la que Laika habría sobrevivido a la expedición del Sputnik-2, quedando a la deriva en el espacio hasta llegar a un planeta desconocido, cuyos habitantes la recibieron como la deidad prometida por las escrituras sagradas de su religión.

Instalado en un banco de la primera plaza que encontró, se dispuso a escribir. El relato fluía naturalmente, era atrapante, gracioso, lo tenía todo. Sin embargo, el joven escritor comenzó a dudar sobre ciertas precisiones históricas, por lo que buscó en su celular “Laika” en Wikipedia. Al leer las diversas secciones del artículo, nuevas ideas surgían para enriquecer su relato, pero todo fue en vano. En el apartado de cultura popular leyó que la novelista Julian May había escrito una historia donde Laika era rescatada por extraterrestres, trama análoga a la relatada en una historieta de Flash Gordon. Nahuel bloqueó su celular, bufó en señal de frustración y se levantó para volver a su casa. Había leído tanto la novela como la historieta, de ellas surgía su idea, pero lo había olvidado.

Sentía que el bloqueo de escritor lo inmovilizaba, embotando todos sus pensamientos, le costaba incluso elegir qué calle tomar mientras deambulaba por la ciudad, algo ridículo ya que no debería existir elección alguna al vagar sin rumbo. Se sentía en un laberinto, ahogado, encarcelado. No pudo evitar la comparación con el minotauro. ¿Cómo ocupaba su tiempo esa desdichada criatura los nueve años transcurridos entre tributo y tributo? ¿Cómo afrontaba la soledad? ¿Se habría dedicado a la poesía, a la caminata constante por el laberinto, a ejercitarse? Las respuestas a estos interrogantes eran irrelevantes frente al hecho de que una nueva historia comenzaba a germinar.

Tras correr a su casa, se cruzó a Verónica, su hermana, con quien compartía el interés por la literatura y cuya opinión valoraba más que nada. Sin siquiera saludarla, comenzó a contarle la historia que estaba gestando.

—¡Me gusta! Me remonta a *La casa de Asterión* de Borges y a *Los Reyes* de Cortázar. ¿Qué pasa, Nahu? ¿Por qué esa cara?

Frustrado, por lo que no podía dejar de concebir como una suerte de plagio involuntario, juntó una buena cantidad de comida y se encerró en su habitación. No saldría de ella sin tener un cuento original para enviar al certamen.

Las horas pasaban y la hoja seguía en blanco. Aburrido, inquieto, ansioso, se levantó de la silla con el objetivo de estirar las piernas. Caminando por su cuarto, vio tres hormigas en la intersección de dos paredes. ¿Cómo sería la vida de las hormigas? ¿Qué hacen todos los días cuando no las vemos? ¿Cómo sería despertar siendo una de ellas? Saltó de nuevo a su silla, escribió cinco renglones y golpeó el escritorio. Estaba reescribiendo *La metamorfosis* de Kafka.

Una actividad que debía traerle placer y paz mental no podía acarrear semejante estrés. El fenómeno no paraba de repetirse.

Quiso escribir alegóricamente sobre este padecimiento, lo imaginó como un tigre que le había arrebatado un pie en un encuentro fortuito, simbolizando el pie su inspiración, siendo su objetivo vital darle caza. Al buscar en su biblioteca una enciclopedia de fauna que le permitiera describir acertadamente a la bestia, vio un volumen de *El estafador y sus disfraces* de Melville. La simple visualización del apellido del escritor alcanzó para dejar en descubierto las similitudes entre su bosquejo y *Moby Dick*. Incluso relacionó ambas historias con las motivaciones del Capitán Garfio en *Peter Pan*.

Ideó un cuento de fantasía sobre un adolescente ruso que descubría que pertenecía a un mundo mágico, permitiéndole escapar de la mísera existencia que compartía con sus tíos. Formuló una sátira política donde las principales figuras políticas del mundo estarían representadas por plantas en un vivero. Narró el descenso de una mujer hacia las entrañas del infierno. Todas eran ideas ya escritas, con pequeñas modificaciones, pero sin ser sustancialmente diferentes.

El tormento parecía no tener final, pensó que no había nada nuevo sobre lo que escribir, consideró abandonar su pasatiempo, reflexionó sobre la intertextualidad y el carácter innecesario de un texto de ser completamente innovador, pero el deseo de escribir algo nuevo era muy poderoso.

Tomó una pila de currículums, caminó hacia la cocina, pidió perdón a su hermana por su conducta anterior y fue en busca de su bicicleta. Era hora de dejar de lado sus ínfulas de escritor y enfocarse en su trabajo.

Camino al tercer estudio en su itinerario, Nahuel apreció poder tener la mente despejada, sin forzar interpretaciones sobre cada estímulo ambiguo que veía en su camino. Irónicamente, fue en ese momento de calma cuando un mundo mágico emer-

gió de su imaginación, un mundo donde los animales hablaban, donde los árboles se movían, donde habitaban criaturas mitológicas, un mundo acéfalo, carente de gobierno, sumergido en la anarquía total por setenta y siete años. Sus gobernantes se encontraban en otra dimensión, en Inglaterra, eran niños huérfanos que accederían a esta nación utópica por medio de un armario. La emoción lo desbordaba, al fin tenía una idea original y atrapante, la cual no recordaba haber leído. Dobló en la esquina siguiente rumbo a su hogar, tenía una historia que escribir.



PATHOS Y ACNÉ

Después de una tediosa jornada escolar, estaba escuchando una playlist indie que me recomendó el algoritmo de mi app favorita, mientras terminaba las empanadas que me había hecho mamá, cuando Soledad me habló. No había nadie más en el salón. Me dijo algo sobre la tarea de Historia, pero no le presté atención. Sole era una buena amiga, pero podía ser muy aburrida. Después de cinco horas de clases, no quería seguir hablando sobre la escuela. Todavía faltaba Educación física, materia que odiaba.

Yo solo podía pensar en él, en Matías. Los últimos meses habían sido hermosos, pero a la vez sentí mucha ansiedad. Hablábamos desde la mañana a la noche. Podíamos charlar de lo que sea, series, películas, libros, sueños, música, la muerte, el amor... No podía creer que había conocido a alguien que pensara como yo, con quien estaba completamente en sintonía. Siempre me pareció trillada la obsesión de los chicos de mi edad por encontrar a su alma gemela, como si existieran esas cosas. Hoy me permito dudar, quizás sí existan.

—Amiga, ¿me estás escuchando? Es como hablar con una pared.

—Perdón, Sole. Estaba pensando en Mati. No te conté, pero el sábado lo conocí en persona. Nos vimos en un cumple.

—¿Me estás cargando? ¿Cómo no me contaste?

—Es que no quería arruinarlo, no quiero que todos se enteren de que estoy enganchada si después no se da.

—No estás enganchada, estás totalmente enamorada.

—Sí... No te lo voy a negar, porque es cierto.

—Ah, bueno, es peor de lo que pensaba.

—Es grave, sí —respondí sin poder ocultar una sonrisa.

—No hace falta que me lo digas, debe ser la primera vez que una charla nuestra no pasa el Test de Bechdel. Nunca te escuché hablar de un chico o darme pelota cuando yo te hablo del tema.

—No me gustan los chicos de nuestra edad, bah, de ninguna edad; pero Mati es atento, culto, me hace reír, no me lo esperaba si te soy sincera.

—¿Y cómo la pasaste el sábado?

—Apenas hablamos, estaba muerta de miedo y él tampoco es muy elocuente. Lo acabo de invitar a ver una peli el sábado. La nueva de Wes Anderson. Hablar por celular me da cierta valentía que nunca tuve en persona, pero ahora me está comiendo la ansiedad. Voy a caminar un poco antes de que empiece la hora de gimnasia.

El patio era lo mejor de la escuela. Dos canchas de fútbol separadas por un camino de árboles, una cancha de básquet, una parrilla y verde, mucho verde. Por supuesto que los deportes no me interesaban, pero caminar alrededor de las canchas me calmaba y siempre podía tirarme a leer un libro al final del camino de árboles. En este momento, solo podía caminar. No le dije a Sole que Mati me había contestado el mensaje, tam-

poco le dije que estaba tan asustada que no leí la respuesta. Las hojas marrones adornaban el suelo perfectamente, deseaba profundamente que no las juntaran. El otoño es la época más hermosa del año, aunque también la más nostálgica. No podía esperar más, tenía que arrancar la bandita. Después de todo, conocí a Mati por un grupo de fans de Wes Anderson y nuestras conversaciones denotaban un interés mutuo innegable; tenía todas las chances de haber recibido el mensaje que quería. Sonríó, no siempre salgo ganando después de analizar los pros y contras. Saco el celu del bolsillo. Desbloqueo la pantalla y ahí está, flotando en la barra de notificaciones. Solo dos líneas.

Sí, Cami. ¡Me encantaría! Sos una genia, no todos los días me invitan a ver una peli de Wes. Te paso a buscar a las 20:00 y vamos. Abrazo, amiga.



NUGFRIA

El mundo se volvió un lugar demasiado complejo para los humanos. Con el auge de la inteligencia artificial y la velocidad de los nuevos descubrimientos era imposible estar actualizado. El ritmo de vida no era acelerado, era atropellado. Las tareas demandadas y autoimpuestas eran tales que no solo los individuos fracasaban estrepitosamente en sus objetivos, sino que las políticas públicas no daban abasto, no estaban a la altura de las exigencias del presente. Esta situación llevó a la conformación de distintos grupos de personas, distintas subjetividades. Los posmodernos de antaño trasmutaron en nihilistas, vagando sin rumbo o avocándose al más despersonalizante hedonismo cortoplacista. Los modernos vieron toda estructura social corromperse, toda tradición exiliada a los libros de historia, todo valor ridiculizado. Muchos se volcaron a la realidad virtual como una escapatoria al infierno de la realidad y una forma de vivir en su paraíso personal. Conectados a sensores vitales, pasaban sus días atados en una silla, pero felices en un mundo de fantasía. Sin embargo, una buena cantidad de estos idealistas eran arrancados de su utopía cuando los costos de mantenimiento superaban sus depósitos. Otros modernos aprendieron a vivir con la relativización, justificando su exis-

tencia con máximas utilitarias que los llevaban a buscar el mayor bienestar para la mayor cantidad de personas, sin importar las consecuencias de estos actos en individuos aislados. Finalmente, los metamodernos entendieron la falta de sentido como un aparente, como la simple caída de sentidos externos, lo que les daba la oportunidad de crear, construir, sus propios sentidos.

En el centro de la capital del estado de Nugfria se encuentra la sede central de Neurofix, una compañía encargada de investigar, desarrollar y comercializar tecnologías neuroprostéticas y neurofármacos. El imponente edificio neomodernista destaca en contraposición con las torres de departamentos brutalistas situadas a su alrededor. Desde afuera, se ve luz en todos los pisos del rascacielos, así como un movimiento constante de sus empleados. En el séptimo piso, dos jóvenes becarios doctorales de biotecnología comparten un café en su merecido descanso después de arduas horas de trabajo.

—¿No te parece que HX-14 es un nombre muy técnico que puede resultar críptico para el público general?

—No lo pensé demasiado, supongo que de eso se encargará el equipo de marketing. Mi principal preocupación es que desarrollemos la proteína lo más rápido posible para que esté en las manos de todos aquellos que la necesiten.

—La mía también, aunque no tengo apuro por conseguirlo, prefiero estar segura de los resultados.

—Yo también, Emma, pero las muertes relacionadas con parkinsonismo idiopático y alzhéimer están aumentando drásticamente y siento que mi deber es ayudar, poder usar mis conocimientos para hacer un bien. Sé que HX-14 es la solución y que su eficacia es alta, solo necesitamos poder replicar los resultados y asegurar su seguridad.

—Fabi, la estructura molecular de HX-14 es extremadamente compleja, sus enlaces covalentes la hacen altamente reactiva, además está que me recuerdes sus beneficios al reaccionar fácilmente con otros compuestos químicos para formar nuevas moléculas, pero aún no estamos seguros de poder controlar esta producción, tanto en cantidad como calidad.

—Adscribo a la necesidad popperiana de hacer predicciones arriesgadas en ciencia, es la única forma de ver progreso en esta sociedad obsoleta en la que vivimos.

—Por lo visto mi enlace mnemotécnico requiere una actualización, porque tengo recuerdos claros de nosotros dos en la clase de ética, pero debió ser otra persona. Sé que tu propio diagnóstico te urge a tomar decisiones precipi...

Fabián se levantó en silencio y abandonó el laboratorio tras un portazo. Durante su descenso en ascensor, se dio cuenta de lo impulsivo de su comportamiento e ideó una disculpa para Emma. Ella tenía buenas intenciones, simplemente no sabía lo que era vivir con una cuenta regresiva que no avanzaba de manera regular, sino que se aceleraba día tras día. Ya en el lobby, pidió un taxi. Necesitaba estar solo, pero también quería avanzar en su investigación.

—Buen día. A la dependencia oeste de Neurofix. Por favor, evite pasar por el barrio ferroviario, no me importa pagar más.

Los ruidos eran una constante en el barrio ferroviario. El silencio era una anomalía que solo podía denotar peligro. Llantos de bebés; caños de escape modificados; sirenas; música callejera a todo volumen, eran el sonido ambiental que indicaba la entrada a esta parte de la ciudad. En el interior de un antiguo Träger Tod modelo 2079, una mujer caucásica, pelirroja, discute con un hombre de rasgos asiáticos, al menos veinte años mayor.

—Estoy podrida de robar bancos. Es fácil y rutinario. Quiero un desafío. Al gobierno no le importan los crímenes menores, están demasiado ocupados delirando con una posible solución para el avance de la inteligencia artificial. Vienen discutiendo lo mismo hace setenta años. No es que me moleste, nos dio pase libre para hacer lo que queramos, pero tengo suficiente guita para vivir diez vidas. Necesito un desafío.

—¿Tenés en mente algo más específico que “un desafío”, amor?

—¿Alguna vez mataste a alguien, Ren?

—Me lo preguntaste mil veces y siempre te digo lo mismo, de niño, pero no por placer, solo por supervivencia.

—¿Fueron muertes limpias?

—Limpias no sería la palabra, pero fueron rápidas, si te referís a eso.

—Creo que me gustaría torturar a alguien, testear los límites humanos, ver hasta dónde podríamos llegar.

—Está lejos de mi idea de diversión.

—Bueno, ¿qué proponés?

—Vamos con la tortura. A mí no me interesa, pero me gusta darte los gustos.

—Y dicen que la caballería murió en el siglo XX. Sos un cursi, ¿sabías?

—Totalmente, un alma sensible, un poeta. Decime, ¿alguien en concreto al que quieras cortar como un pescado?

—Sabés perfectamente que me gusta el caos. Es el único sentido que encuentro a la existencia. Es algo inesperado, sin sentido. Apela a lo instintivo, a las emociones. Es igual a todo lo que hacen los humanos, solo que azarosamente lo distorsionan al categorizarlo en grupos infantiles como “bueno” o “ma-

lo”. No sé si tendré libre albedrío, pero me gusta crear mis propias categorías. Esto no será bueno, pero al menos va a ser entretenido. Espero, estoy harta de vivir aburrida. Matar a un random en la calle no implica ningún tipo de caos, necesito que conmueva.

—Estás totalmente loca, Esperanza, de la cabeza. No entiendo por qué me parece tan sexy.

Ren y Esperanza comparten un largo beso.

—Me acordé de algo. Como ya sabrás, el insostenible de mi hermano tiene el delirio de convertirme en un ciudadano de bien, lo que sea que eso signifique, ofreciéndome un puesto en la compañía que fundó con la nariz parada de mi cuñada. Para mantenerme interesado, me manda mensajes directos a mi lóbulo temporal con información sobre los nuevos desarrollos de la empresa. Lo hace todas las semanas. Debe ser la culpa por todas las veces que me quemó y cortó mientras crecíamos. En fin, el viernes de la próxima semana unos pibes superdotados, de esos que logra que trabajen para él como esclavos para mejorar sus curriculum, van a hacer una presentación que podría significar un salto paradigmático en la medicina.

—Cursi e inteligente, me saqué la lotería. Es perfecto, dos jóvenes profesionales con aires mesiánicos. Su único aporte va a ser la inspiración que algún autor de terror tome del caso para escribir la próxima novela macabra de su colección.

—Yo voto por secuestrarlos después de la presentación, dejarlos saborear la gloria antes de entrar al infierno.

—Nada mal, se ve que todo se aprende, incluso el sadismo. Hablando de eso, ya podríamos volver al hotel.

Esperanza no había terminado de pronunciar la última sílaba cuando el Träger Tod salió disparado en dirección a su hotel,

ubicado a unas pocas cuadras de la dependencia norte de Neurofix, sede de las presentaciones científicas de la compañía.

Una semana después, la sala de presentaciones se encontraba repleta, había más médicos, científicos y estudiantes que sillas. Fabián y Emma competían por ver quién estaba más ansioso. Él quería encontrar las palabras exactas para presentar el invento que lo acercaría al mayor grado de prestigio en su campo. Ella temía que la velocidad con la que llegaron a sus conclusiones, motivada por las constantes presiones de su compañero/pareja, haya impedido tomar los recaudos necesarios para evitar posibles efectos colaterales.

Sin embargo, la presentación fue un éxito, ambos fueron elocuentes y pudieron contestar las preguntas del público. Estaban a punto de terminar con la presentación, preparándose para hablar con los representantes de las farmacéuticas interesadas en adquirir las patentes de la proteína que habían sintetizado exitosamente, cuando Fabián anunció que responderían una última pregunta.

—Buenas tardes. En primer lugar, quiero agradecerles. Mi familia se ha visto azotada por la epidemia de enfermedades neurodegenerativas que está diezmando nuestra comunidad. Frente a la completa ausencia de intervención por parte del gobierno, me es grato reconocer el trabajo de quienes aún priorizan las vidas particulares en lugar de la búsqueda de soluciones abstractas para las siguientes generaciones. En segundo lugar, a partir de mi deseo genuino de tener la mejor herramienta para mi familia y para todos los que la necesiten, me preguntaba si estarían dispuestos a someter a HX-14 a la última versión del tester probabilístico de la Universidad de Nuevofría. Formo parte del equipo de posgrado que estuvo a cargo de su programación y puedo descargar rápidamente el software a

la bio-computadora que contiene la muestra de la proteína que acaban de presentar.

—Gracias por tus palabras, realmente nos recuerda la razón de nuestro trabajo. Por supuesto que estamos de acuerdo con hacer un estudio probabilístico de HX-14, los resultados beta superaron nuestras expectativas y una prueba de ese estilo nos permitiría superar varios pasos previos a su aprobación por el Comité Científico Estatal. Por favor, acercate para poder realizar la prueba.

El joven estudiante se acercó al escenario y en pocos minutos pudo configurar la bio-computadora para el testeo. El programa comenzó a analizar los diferentes escenarios en los que se aplicaría HX-14, los mismos generaban resultados positivos, los cuales se sucedían en la pantalla resaltados en color verde, para la gran alegría de Emma, Fabián y los inversionistas.

Peep. Peep. Peep. Emma y Fabián se miraron, ese sonido no podía ser bueno. *Peep. Peep. Peep.* El auditorio se llenó de murmullos. *Peep. Peep. Peep. Falla procedimental encontrada. La falta de controles adecuados impidió prever consecuencias negativas resultantes de la interacción de un compuesto de HX-14, acrilamida, con el sistema inmunológico de pacientes pediátricos. Siendo la aplicación de la proteína HX-14 mortal para esta población. Análisis finalizado.*

Fabián se sentó. No podía moverse. Sus motivaciones personales habían nublado su juicio. Una falla ética de este tipo estaba penada con cadena perpetua. El Estado no podía permitirse más desarrollos científicos con consecuencias negativas para la población. Ni siquiera podría mejorar su invento, el cual sería destruido. Acababa de arruinar su vida y la de Emma. Sus intenciones eran buenas, había dedicado toda su

carrera al estudio de soluciones para mejorar la calidad de vida de los demás, para retrasar la muerte, para poder darles una segunda oportunidad. Un error metodológico lo condenó, no tendría más oportunidades.

En la fila de asientos del fondo del auditorio, dos personas permanecen sentadas, mientras el resto de los presentes se agrupa en torno al escenario.

—Vámonos, Ren, ya me aburrí.

—¿Y nuestro plan?

—Una cosa es ser sádicos y otra muy distinta es ser redundantes. Perder la libertad y que tu nombre caiga en desgracia me parece tortura suficiente.

—¡Pero estabas tan ilusionada!

—Sí, la verdad que sí, pero todo no se puede.

—¿Y si te dijera que tengo preparado un Plan B?

—¿En serio?

—No es la primera presentación que sale mal y se me pegó tu entusiasmo por probar la tortura, así que antes de bajar al auditorio pasé a visitar a mi hermano en su oficina, charlamos un poco, discutimos como siempre y me encargué de que no hubiera más espacio libre en el baúl del Träger Tod.

—Vos no te das una idea de lo atractivo que me parecéis en este momento. Perfecto, entonces, vayamos a divertirnos. Si me llevo algo de esta presentación aburridísima fue lo que dijo ese nerd sobre el desinterés del Estado por los casos individuales, nos facilita bastante las cosas.



AUDIENCIAS IMAGINARIAS Y MANTOS DE INVISIBILIDAD

Por años tuve un sueño maravilloso en el que era invisible, nadie me veía y podía ser plenamente yo. En el sueño, no pensaba en los demás, en sus pensamientos, en las consecuencias de mis actos, simplemente hacia mi voluntad. Luego, despertaba.

De niño me gustaba tanto el cine que consideré tomar clases de teatro, pero nunca lo hice porque temía hacer el ridículo en el escenario y convertirme en un auténtico hazmerreír.

En esa etapa de mi vida tenía una gran afición por la edad media y la magia; la literatura épica-fantástica; la mitología griega y la música clásica, pero nunca hablé demasiado de estos intereses porque no eran los mismos que los de mis compañeros de la escuela. Había otros con gustos similares, pero nunca me integré, eran los solitarios, los raros.

No asistí a casi ninguna de las fiestas a las que fui invitado durante mi adolescencia. ¿Qué hubiera pasado si iba y no tenía qué decir, si me vestía fuera de moda, si me tropezaba, si ocurría algo aún peor?

Las chicas inteligentes, capaces de hablar de distintos temas, siempre me parecieron muy atractivas. Conocí a muchas bellezas de cabellos castaños que me quitaron el aliento y se llevaron los pensamientos de semanas enteras. Por supuesto que ellas nunca lo supieron. ¿Si se reían de mí? ¿Si el resto se enteraba? ¿Si me convertía en un rechazado serial?

Mis inclinaciones literarias y cinematográficas fueron cambiando durante los años, enriqueciéndose, complejizándose. Viví en una época llena de eventos centrados en mis gustos ¡Cómo me hubiera gustado ir! Nunca tuve compañía. Tampoco pregunté, seguro se reirían de mis gustos extravagantes. Quise ir solo, pero el miedo a que se burlaran, a que me vieran como un bicho raro sin amigos, era muy grande.

La universidad fue una época de muchas oportunidades, tenía buenas calificaciones y recibí diversas ofertas. Las posibilidades eran infinitas. Me hubiera gustado aprovechar alguna, pero excedían mis capacidades, no quería ser el más tonto del grupo, que se rían de un paper o dejar en ridículo a mi universidad. Seguí el camino seguro, evité los riesgos y las exposiciones.

Años más tarde decidí dar una vuelta por el parque y pensando en mi vida me di cuenta de que no tenía idea de qué pensaban, soñaban, deseaban mis compañeros, amigos o, incluso, familiares. Esto me llevó a darme cuenta de que como yo no había prestado interés a la vida de los demás, posiblemente ellos tampoco estaban constantemente pendientes de la mía. ¿Por qué sería tan especial? No fue hasta ese momento en mi adultez temprana, que descubrí que había hipotecado mi vida a una audiencia imaginaria. Cada anhelo, cada esperanza, cada proyecto que tuve, lo destruí por la opinión de fantasmas,

de molinos de viento, de seres que sencillamente no estaban ahí.

Al fin, era libre. Podía hacer lo que quisiera, decir lo que quisiera. No le debía nada a nadie. ¡A nadie le importaba lo que hiciera de mi vida!

¿A nadie le importaba lo que hiciera de mi vida? ¿Tan ordinario era para no llamar la atención de ningún alma? ¿Por qué nadie se interesaba por lo que hacía, por lo que decía? Quise salir con mis amigos, pero poco les importaría lo que quisiera hacer. No les llamaría la atención en absoluto. Soy muy normal, no destaco, no me identifico en la muchedumbre.

Últimamente, me atormenta una pesadilla, soy invisible, mis acciones son imperceptibles, quiero ser plenamente yo, pero no puedo, nadie me ve.



EL ARTE DE CONVIVIR

—¡Silencio! —gritó Cristina al borde del llanto.

—Obligame —le contesté con una sonrisa pícara.

—No quiero verte nunca más —insistió en su ultimátum.

—Ya veremos —respondí, acostumbrado a sus ultimátums.

—¿Te volviste loco? —preguntó irónicamente, sabiendo dónde atacar.

—Loco puede ser, pero tonto no. —Abandoné mi postura juguetona y me puse serio.

—Me voy yo, entonces —me amenazó, nuevamente.

—Voy a hablar con tu mamá —contraataqué, dos podemos jugar este juego.

—Ni se te ocurra —dijo con terror en sus gestos.

—¿Ahora me vas a dar órdenes? —rebatí, sabiendo que había cambiado la dinámica de poder.

Cristina estaba por responder cuando golpearon la puerta. Se calló. Odiaba las visitas.

—¿Quién es?

—Natalia. ¿Esperabas a alguien más, Jorgito? —respondió la misma voz femenina que escuchaba todos los días a esta hora, disturbando mi paz.

—Pasá, Nati.

—¿Cómo empezó tu día?

—Igual a todos los del último año, peleando con Cristina. Me amenaza, yo la amenazo, nos reconciliamos y todo se repite al día siguiente.

—¿Dónde está Cris?

—Acá, ¿no la ...? —Me di vuelta, haciendo un ademán con el brazo para mostrarle que Cristina estaba con nosotros, pero se había ido. Detestaba la compañía. Me quedé mirando la habitación vacía, dispuesto a pedir disculpas por el comportamiento de mi esposa, cuando vi sus pantuflas atrás de la cortina y tuve que ahogar una carcajada.

—¿Y? ¿Dónde está? —insistió la pesada de Natalia.

—Se debe estar bañando. ¿Qué necesitabas?

—Te traje el almuerzo. Filete de merluza con puré y jugo de manzana. No te traje los medicamentos, tal como me pediste. Para serte honesta, ya estaba cansada de que me los escupieras en la cara.

—Gracias, muy amable —contesté sin sarcasmo—. ¿Para Cris no trajiste?

—Imposible con esta economía, lindo. Pueden compartir eso.

—Gracias por lo de lindo, pero te llega a escuchar Cris y te quedás pelada.

Natalia sonrió, pero su rostro transmitía lástima. Siempre parecía tenerme lástima, eso me reventaba.

—Por fin vamos a comer algo casero en esta casa —dije en voz alta, recibiendo el resultado esperado, un movimiento brusco de la cortina y gritos. Me reí y le dije a Cris que ponga la mesa.

La hora del almuerzo era un momento de paz, no había discusiones ni siquiera diálogo, solo silencio, paz y disfrute de la comida y la mutua compañía.

El jugo de manzana era mi favorito y el filete de merluza estaba exquisito. Habíamos terminado de comer, estaba juntando la mesa y, de repente, todo me empezó a dar vueltas. Los colores de la habitación se esfumaron lentamente, reemplazados por una única tonalidad de blanco. Los muebles desaparecieron, la habitación se convirtió en un cubo desprovisto de nada que no sea suelo, techo y paredes. Me di vuelta, vi la cara de terror de Cris, corrí hacia ella, pero no alcancé a tocar sus dedos con los míos antes de que dejara de existir. Mi ropa me apretaba, esa maldita ropa blanca que me impedía mover los brazos. La medicación estaba escondida en la comida. Esa arpía me había engañado. Lo hacía todos los días. Pronto, llegará el fin de esa rutina. Me senté en una esquina de la habitación y, cuidadosamente, seguí rasgando las mangas de mi camisa. Tenía las uñas muy largas y la tela había comenzado a ceder. En unos días, Natalia va a recibir una probada de su propia medicina.



CONTACTO CON EL PRESENTE

Me encuentro en un valle, rodeado de montañas nevadas, me sobrevuelan aves majestuosas de gran tamaño, el sol brilla intensamente. Siento cómo el aire entra y sale de mi cuerpo. Estoy sentado al costado de un arroyo, el agua fluye, rodea las rocas, siento el cantar de los pajaritos y observo la rivera en su curso constante. Tras intervalos irregulares, una hoja de los árboles que lindan con el arroyo cae sobre este y sigue su flujo. Veo pasar las hojas y focalizo mi atención en mis pensamientos. Surgen muchos de ellos. Los veo en las hojas, proyectados, las imágenes son muy nítidas. Sigo al costado del arroyo y las hojas flotan corriente abajo. Estas siguen su curso natural, intento no influir en su velocidad ni en su contenido. Deposito pensamientos en hojas y las dejo seguir su camino corriente abajo. Silencio. Un silencio ensordecedor.

Por momentos, las hojas desaparecen, las montañas ya no están, estoy en otro lugar, otros lugares. Viajo al pasado, me veo en el jardín, veo a Tomás, mi amigo de la infancia, y a Sol, la nena que siempre me peleaba cuando salíamos al patio. Me traslado a la casa de mi tía Teresa, me hizo milanesas de pollo con batatas dulces, ella se lamenta por sus pocas dotes culinarias, mientras yo como el almuerzo más rico del que tengo

recuerdo, mirando mis dibujitos favoritos. Oscuridad. Estoy en el futuro, me veo solo, sin amigos, sin familia, pero en la cumbre de mi carrera, referente en mi campo, soy miserable. Ahora tengo una hermosa esposa y dos hijas, miramos películas juntos, vamos al parque, tenemos un club de lectura, nunca soñé ser tan dichoso. Respiro, no me culpo, vuelvo al arroyo.

Nuevos pensamientos, nuevas hojas, fluyen corriente abajo. Silencio, me aturde. Mismos pensamientos, diferentes hojas, corriente abajo. Sonidos extraños provenientes de un lugar muy lejano. Me quieren sacar del valle, de nuevo, lucho, no se los permito. Las hojas desaparecen, el paisaje se esfuma, me quedo enganchado con solo una hoja, la parte que no es el todo. Le permito seguir su camino, vuelvo a ver el valle. Un paisaje soñado. Se anuncia el sonido de la campana, el comienzo del fin. Me da permiso a seguir en el arroyo, a depositar pensamientos en hojas para enviarlos en un camino de trascendencia. Quiero seguir, pero no puedo. Suena el gong.

...

—¿Y? ¿Qué te pareció?

—No sé, muy raro, muy hippie.

—¿Pudiste mantenerte en el arroyo o te ibas?

—Muy difícil, pensaba en las clases de piano de mañana, en el trabajo de sociología que debo y en que seguro me agarra un ataque de pánico si la vieja de lengua me hace pasar al frente a dar lección.

—Entiendo. Recordá que la meditación no es una medida de auxilio, es una práctica y como toda práctica requiere disciplina y constancia. No sirve como uso único en situaciones de emergencia. Es lógico que te hayas distraído, si hoy quisieras

aprender francés o esgrima probablemente serías malísimo, pero con el tiempo mejorarías. Yo soy instructor de mindfulness y me fui varias veces del valle, a cuando era chico o al futuro incierto.

—Bueno, doc, si usted me dice que sirve lo voy a probar las próximas semanas y le comento los resultados, pero toda esta basura oriental no va a reemplazar al clona que me daba la psiquiatra.

—Veremos.



2187

Aquella fría mañana de julio, Jorge Smith estaba tomando un café en el bar del edificio de oficinas en el que trabajaba. Se encontraba sumergido en la lectura de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Su vida era extremadamente práctica y ordenada. Trabajaba como ingeniero en jefe en Lawkey Solutions, diseñando una nueva inteligencia artificial que pretendía capacitar a los humanoides sintéticos³ para llevar adelante complejos procesos judiciales de la forma más objetiva posible. Dicho trabajo le permitió instalarse en la capital de Walden III, donde conoció a la bella periodista Miquela Taylor, quien sería su futura esposa. Jorge y Miquela eran polos opuestos, él pragmático y calculador, ella nostálgica e idealista, un espíritu libre que insistía en ocupar su tiempo en una carrera casi extinta. La pareja tenía todas sus necesidades cubiertas y una sólida cuenta en criptomonedas, por lo que a los meses de conocerse decidieron tener a Cali. Cuando la niña cumplió 2 unidades de expectativa de vida, le obsequiaron un hermanito, Maximilien.

³ Término establecido en la Convención de Nueva Tecnostad para reemplazar al peyorativo “robot” utilizado como jerga ofensiva por los humanos.

Para el año 2187, en el cual transcurre esta historia, Cali tenía 16 unidades de expectativa de vida y asistía a la Escuela Literaria Jorge Luis Borges en la República de Tlön y Maximilien tenía 15 unidades de expectativa de vida y asistía al PRE-M.I.T. en la Federación de Massachusetts.

A principios del siglo XXII, los avances médico-tecnológicos impulsados por la liberalización del sistema de patentes, la libre comercialización y los estímulos voluntarios lograron que la expectativa de vida mundial sea de 100 años para las mujeres y 92 para los hombres. A partir de este momento, se comenzaron a utilizar las unidades percentiles de dicha expectativa como marcadores de edad, en lugar de años biológicos, por lo que, si bien Maximilien nació dos años después que Cali, a sus 14 años ya había superado las 15 unidades de expectativa de vida. En el caso de las mujeres, el cambio de nomenclatura no modifica los números utilizados hasta que se alcance una expectativa mayor a 100. Es por esto que la diferencia actual entre sus edades es de 1 unidad de expectativa de vida y, en unos pocos años, Maxi habrá cumplido más unidades de expectativas de vida que su hermana mayor.

Las pasiones y personalidades de sus padres habían sido heredadas en gran parte por los hijos de su mismo género y, gracias el Sistema de Vouchers adoptado por el 87% de los microestados que componían Pangea, pudieron estudiar en instituciones que explotaban sus intereses y talentos.

En definitiva, Jorge tenía pocas, casi nulas, preocupaciones diarias, pudiendo dedicar su tiempo libre a utilizar el nuevo software de lectura intracognitiva que le obsequió Lawkey para adentrarse en complejos sistemas filosóficos en búsqueda de poder aumentar su educación humanista y embarcarse en elevados debates filosóficos con su esposa. Si bien comenzó

como una forma de mantener vivo el romance e impresionarla, estaba disfrutando su nuevo hobby y la complejidad que agregaban a su idílica vida.

Jorge estaba leyendo sobre la afirmación o negación de la voluntad de vivir al alcanzar el autoconocimiento cuando fue interrumpido por una notificación del *Austrian Times*, un periódico internacional especializado en análisis político. Había programado las alarmas para que sonaran cada vez que saliera un nuevo artículo sobre cambios de mandatos en los diferentes estados de Pangea, aunque rápidamente debió ajustar su configuración porque los mensajes eran constantes.

Hace menos de un siglo, el mundo estaba compuesto por ciento noventa y cuatro países y se encontraba en un proceso de pérdida paulatina de libertades radicado en diversos focos. Conflictos raciales, extremismos religiosos, proteccionismos económicos, nacionalismos fundamentalistas, eran algunos de los problemas más comunes en ese período. El avance de internet permitió que los distintos pueblos alrededor del globo logaran consensos y postularan una serie de principios básicos que cualquier partido que pretendiera ser votado debía seguir. De esta manera, siguió existiendo diversidad ideológica, pero asentada sobre una base de libertades individuales (sociales, económicas, culturales, sexuales, religiosas, etcétera) que permitió dejar atrás, o al menos marginalizar, las problemáticas colectivistas que amenazaban con el progreso de la humanidad. Asimismo, se determinó que los actuales estados eran demasiado extensos para ser administrados eficientemente, por lo que se subdividieron masivamente en nuevas repúblicas, confederaciones, cantones, monarquías parlamentarias, monarquías constitucionales, entre otros sistemas de gobierno.

Era imposible estar al tanto de la cantidad de estados existentes porque se dividían constantemente.

Cuando Jorge se levantó la mañana de ese 6 de julio, existían cinco mil setecientos ochenta y nueve estados, cuando recibió la notificación que interrumpió su lectura, la lista se había expandido para integrar a la República Parlamentaria de Nova-Synthethia, la 37° Federación de Londres del Este y la Monarquía Constitucional de los Amantes del Helado de Menta Granizada. La libertad de agrupación y segregación dio lugar al nacimiento de países extremadamente específicos y peculiares, pero altamente funcionales, por lo que la burla de las naciones limítrofes era un pequeño precio a pagar por una clasificación superior a los 1000 puntos en el Índice de Desarrollo Sintiente (I.D.S.) versión 94,5. El IDS reemplazó al antiguo Índice de Desarrollo Humano, el cual no incluía formas de vida inteligente no-humanas.

El interés por recibir artículos referidos a cambios de mandato se debía a una tendencia que comenzaba a preocuparlo. Tras la disolución de la ONU en el año 2084, junto a la gran mayoría de los organismos supranacionales, el consenso entre estados comenzó a darse a partir del seguimiento de la evidencia científica, los avances tecnológicos y las demandas de la voluntad popular. El rechazo a los totalitarismos y la acumulación de poder pusieron en el centro del debate la duración de los mandatos, así como la cantidad de poder ostentada por los jefes de estado.

Las decisiones de un grupo heterogéneo de personas en un día específico determinaban el destino de la totalidad de un país por el período de varios años, no era un sistema lógico ni eficiente. En el año 2103, Liberia Incorporated creó el primer censo de consciencia, cuya finalidad consistía en llevar un

registro de las posiciones de un grupo determinado sobre un tema determinado. El éxito fue abrumador, permitiendo superar antiguos y obsoletos sistemas de recolección de datos basados en inferencias. Frente a estos resultados; la evidencia de la imposibilidad de extraer otro tipo de información que la programada en el software descargado por el usuario y la inesperada aceptación popular, la Unión Europea, en su última decisión importante previa a su disolución el 5 de junio del 2107, adoptó este sistema para llevar a cabo la elección de los representantes de los poderes ejecutivo y legislativo de sus estados miembros. Lo sorprendente de esta decisión fue la frecuencia seleccionada. Todo ciudadano mayor de 15 unidades de expectativa de vida, que quisiera votar, solo debía descargar el software correspondiente y seguir con su vida cotidiana, todos los domingos se llevaría a cabo un censo que determinaría las preferencias, preocupaciones y posiciones actuales de la persona, las cruzaría con la de los diferentes partidos registrados y, el lunes de la semana siguiente, se llevaría a cabo el cambio de autoridades.

El escaneo de consciencias tuvo que superar ciertos obstáculos iniciales, partidos que confeccionaban cartas orgánicas con proyectos y posturas que no cumplían una vez elegidos; votaciones que no reflejaban los intereses generales de la persona por encontrarse bajo situaciones que alteraban su consciencia⁴ y el hecho de que partidarios de ciertos partidos/ideologías descubrieron que sus intereses, valores y temores no coincidían con las posturas que habían defendido toda su vida. Sin

⁴ Dichas alteraciones fueron erradicadas en la vigesimotercera actualización del software y se debían a un amplio rango de situaciones, desde el consumo de psicoestimulantes a la lectura de un libro/artículo con posturas sesgadas en favor de una posición determinada.

embargo, pronto demostró su eficacia al difundirse casos en los que un gobernante, o un cuerpo legislativo, cometía actos de corrupción al poco tiempo de ser elegido y era rápidamente reemplazado gracias al sistema de escaneo de consciencias.

Se le atribuye la difusión y aceptación del nuevo método de sufragio al presidente de la República de Sovilo Atniug, Costas Popodopulos, quien frenó en su país todos los proyectos de ley referentes a la legalización de drogas blandas y fue grabado fumando marihuana en el despacho presidencial en una fiesta íntima con amigos. El video se difundió un viernes y el lunes siguiente fue reemplazado por un joven representante del Partido Socio-Liberal Atniugano. El conflicto que generaba la caída del mandatario actual solía influir en la elección de un mandatario ideológicamente opuesto, ya que los ciudadanos tenían su atención focalizada en el reciente escándalo. Esto llevó a que el escaneo de consciencias sea llamado Método Costas a nivel mundial y que la mayoría de los estados lo adopten como sistema de sufragio.

Las preocupaciones de Jorge comenzaron al leer que en la pequeñísima Confederación de Gori, un joven líder socialdemócrata, Nikos Biros, había conseguido reemplazar al liberal clásico Igor Nievef argumentando la inmoralidad del altísimo desarrollo sintiente del país frente a la existencia más modesta de los treinta y siete países que hasta la fecha no habían adoptado el Método Costas. Irónicamente, en lugar de promover la adopción del escaneo de consciencias en esos países, logró que el pueblo goriano pensara (votara vía escaneo) en un referéndum la eliminación del Método Costas. De esta manera, se aseguró su permanencia en el gobierno, lo que le permitiría desarrollar un plan de ayuda humanitaria para aumentar el nivel de vida de los países analógicos, término

peyorativo con el cual los países que adoptaron el escaneo de consciencia se referían a los que seguían con el sistema anterior. Las consecuencias de esta medida fueron una mayor presión impositiva para costear las campañas de intervención foránea; políticas intervencionistas para limitar el comercio con países digitales, buscando la exclusividad comercial con países analógicos y la coartación de libertades individuales inexistentes en las treinta y siete naciones a las que se buscaba ayudar, con la intención de promover la “empatía” entre los gorianos. El I.D.S. de Gori se desplomó de los 1028 puntos a los 543 en los diez días posteriores a la eliminación del Método Costas y la asunción presidencial de Biros.

Lo sucedido en Gori no fue un episodio aislado, diversos estados siguieron el modelo de Biros logrando su cometido. Las razones eran varias, siendo la más difundida la “Revolución Empática” que seguía el argumento del egoísmo de progresar constantemente mientras otros pueblos se encontraban en la misma situación socioeconómica hace cincuenta años. Sin embargo, también existieron otras motivaciones. En la Monarquía Constitucional de Laguna Blanca, el Rey Odlig III persuadió a los habitantes de su reino para que pensarán que la amenaza socialdemócrata podía afectarlos también a ellos, por lo que debían convencerse de la practicidad de una monarquía absoluta para que el sondeo de consciencias diera positivo en el próximo referéndum, acabando con el Método Costas y convirtiendo a Odlig en gobernador absoluto hasta su muerte. La idea cobró popularidad entre los lagunenses debido a que su país se encontraba entre los veinticinco más ricos de Pangea y no querían ver amenazado su estilo de vida. Sin embargo, tras la aprobación del referéndum, Odlig suprimió ambas cámaras legislativas; impuso el cristianismo ortodoxo a nivel

estatal y eliminó todas las leyes que conferían libertades individuales incompatibles con su moral personal, tales como el consumo de alcohol; el sistema de vouchers, el cual permitía, por ejemplo, elegir escuelas republicanas; la compra irrestricta de moneda extranjera y la importación de bienes de lujo. Al mes del cambio de estatuto de Laguna Blanca de una monarquía constitucional a una monarquía absoluta, su I.D.S. bajó de 1245 a 378 puntos.

Los cambios de gobierno amenazaban al Método Costas; la estabilidad de Pangea y los cimientos de libertades individuales que habían marcado al siglo XXII. Esta crisis alcanzó su punto culmine cuando el Minarcado⁵ de Kirkcaldy quiso evitar la instalación de un gobierno totalitario eliminando al estado en su totalidad. Se removieron las instituciones y sus representantes, logrando una auténtica anarquía que pretendía devolverles todo el poder a los individuos. Sin embargo, los ex-kirkcaldianos no contaban con la falta de legislación y preparación de los demás estados para comercializar libremente con individuos. Esto implicó un rápido empobrecimiento, llevando a que los propietarios de las compañías de seguridad privada se levantaran en armas contra sus antiguos compatriotas, despojándolos de sus bienes en búsqueda de su propia supervivencia. Los apátridas buscaron refugio en países vecinos, dejando en Kirkcaldy solo a las mencionadas compañías. Esto llevó a que la Confederación de Gori encabezara la formación de la Alianza Antifascista, conformada por distintos estados que recientemente habían destituido el Método Costas, una división militar que se enfrentó contra los ex-kirkcaldianos

⁵ Forma de gobierno que adopta la filosofía política minarquista, la cual propone que el rol del Estado debe ser mínimo, cumpliendo solo funciones de seguridad y justicia.

restantes por el control sobre las tierras que una vez pertenecieron al Minarcado, comenzando el primer conflicto armado del siglo XXII.

Jorge temía por el futuro de Walden III; por el de Tlön y Massachusetts, donde estudiaban sus hijos; por el de cualquier estado en el que se encontrara trabajando su esposa y por la continuidad del estilo y calidad de vida que se había alcanzado tras siglos de opresión por parte de los diversos regímenes autoritarios.

La notificación que había recibido era sobre un aspirante al trono del Ducado de Pemberley, quien estaba logrando convencer a los ciudadanos de que su país era culturalmente superior al resto, por lo que debían elegirlo para defender su tradición y blindarse de las corrientes globalistas que amenazaban con la sedición y la posterior fragmentación del ducado. La asociación con la idea del eterno retorno, recientemente descubierta en sus lecturas filosóficas, fue ineludible. La humanidad estaba incurriendo en los mismos errores de su pasado, luego de haber disfrutado de los resultados de la aplicación de sistemas que estudiaban, valoraban y aplicaban aquellas técnicas que habían funcionado a lo largo de la historia, desechando las obsoletas. El constante progreso económico, cultural y social seguía siendo un trapezista que se balanceaba sobre un hilo amenazado por las tijeras del colectivismo, el cual hacía uso de falaces argumentos que descartaban la razón para aludir al sentimentalismo más gutural y a rasgos identitarios considerados superados, pero aún presentes en estados preconscientes en la mayoría de la población.

Faltando treinta y cinco minutos para el comienzo de su próximo turno, Jorge se dirigió a su oficina, ubicada en el piso ochenta y cuatro, sin hablar con ningún ser sintiente que cruzó

por el camino. Se encerró, silenció las notificaciones de su sensor intracognitivo, se sirvió otra taza de café, la quinta del día y pensó en Maximilien.

—Hola, Pa. No esperaba una llamada tuya hasta el domingo. ¿Todo en orden?

—Sí, Maxi, todo bien. ¿Cómo van los estudios?

—¡Excelentes! Estamos trabajando con Grego y Aldous en un proyecto de simulación que permitirá manipular la materia de un punto remoto a través de realidad virtual. Los exámenes son un plomo, muy básicos, pero voy a hacerte caso y completarlos para conseguir mi título. Sigo pensando que los títulos académicos son muy de primera mitad de siglo, pero solo es un trámite y es lo menos que puedo hacer después de que me pagues el PRE-M.I.T.

—Me lo vas a agradecer cuando seas mayor, hijo. Llamaba para hacerte una consulta. ¿Cómo está la situación política en la Federación?

—Ay, Pa, te dije mil veces que a mi generación no le importan los partidos ni los candidatos, gracias al Método Costas seguimos nuestras vidas normales y el escaneo se encarga de relevar nuestra visión del mundo y la sociedad sin que nos enteremos.

—Sí, sí, entiendo la despreocupación juvenil y el hecho de que todo se les haya servido en bandeja, hasta la elección de sus representantes, pero, ¿no sentiste nada inusual, alguna revolución del pensamiento o la aparición de algún personaje novedoso?

—Sinceramente, no. Bueno, ahora que lo mencionás, me pareció extraño que en varias materias hicieran mención al privilegio de nuestra Federación en relación a los países que nunca adoptaron o bien abandonaron el Método Costas. Incluso un

profesor comentó la posibilidad de realizar un proyecto de investigación sobre el Principado de Nueva Catalunya con el objetivo de mejorar sus recursos, clonando los nuestros, lo que me pareció extraño por el principio de no intervención que rige en las naciones más desarrolladas y por los riesgos que implicaría a nivel genético la clonación de nuestros recursos, podría afectar su viabilidad. No comenté nada porque nadie más lo hizo y a mí solo me interesa el desarrollo tecnológico, lo social me tiene sin cuidado, se lo dejo a los dinosaurios que aún estudian esos fenómenos.

—Maxi, no es tan simple como lo planteás...

—Uh, Pa, no tengo tiempo para tus sermones. Te quiero, pero mañana tengo tres entregas y hoy quedé con Julie para realizar un paseo virtual por la Belle Époque. Mamá la amaría, es una soñadora nostálgica, pero también es primera en su clase de ingeniería y tiene unas piernas interminables, así que un paseo por la historia acompañado por ella no suena tan mal. Nos hablamos, saludá a Mamá y a Cali por mí cuando hables con ellas.

Si bien el final abrupto de la comunicación no fue particularmente gratificante, Jorge estaba orgulloso de su hijo y atribuía su impulsividad y despreocupación a la adolescencia, especialmente a las hormonas. Sin embargo, no estaba tranquilo, temía que esos pequeños cambios que Maxi había notado en sus clases fueran el principio de algo mucho mayor.

La preocupación por su familia, y la mención de la novia de su hijo, le hicieron pensar en Miquela, pero cuando apareció en su campo visual la opción de llamarla, la ignoró. Su esposa se encontraba en el Minarcado de Chicago, cubriendo una sesión de emergencia de su elite intelectual, en la cual analizarían la situación de su contraparte kirkaldiana. Estaban bus-

cando evitar la emergencia de un fenómeno similar en su territorio, que no solo amenazaría su estilo de vida, sino también su forma de gobierno, ya que solo existieron dos minarcados hasta el momento y ellos eran el único restante. Su caída sería un golpe simbólico-filosófico para la lucha contra la opresión y la acumulación de poder.

Jorge no podía dejar de pensar en Miquela, su amada Miquela. No solo la amaba de una forma indescriptible que trascendía lo pasional, intelectual y sentimental, sino que le debía a ella su interés y preocupación por la situación actual. Desde la entrada en vigencia del Método Costas, los habitantes de los estados digitales habían dejado de interesarse en política de forma explícita, no tenían que ir a votar, el escaneo se hacía de forma preconsciente, por lo que ni siquiera estaban al tanto de su votación semanal.

La política explícita tradicional era cosa del pasado, del siglo XXI. Al conocer a Miquela, y empezar a interesarse por las humanidades, la razón y la reflexión constante, comenzó a criticar ciertos aspectos de la sociedad actual, ya que la facilidad de las tareas cotidianas había vuelto casi obsoletos al pensamiento crítico y el análisis de la realidad personal y social.

Era el único de su círculo de conocidos, exceptuando a Miquela y Cali, que conocía el nombre de los partidos y los candidatos actuales. Para el resto de la población no era una necesidad, el sistema se encargaría de cruzar sus valores con los de los partidos, eligiendo representantes que no conocían. En Walden III, eran muy pocos los que podían nombrar al presidente. En otros estados, muchos no eran capaces de dar cuenta de la forma de gobierno de su país, las comodidades eran cuasi-universales, por lo que poco importaba si los representaba un príncipe, un consejo, un rey, un marqués o un sindicato.

Jorge no renegaba de esta realidad, le parecía positivo el grado de progreso alcanzado y la reducción de la importancia y energía mental dedicada a burócratas y partidos. Sin embargo, reconocía el riesgo de esta pasividad frente al ascenso de figuras maquiavélicas que utilizaran la apatía a su favor, este riesgo era hipotético, pero los acontecimientos actuales estaban desafiando la naturaleza especulativa de dicho supuesto.

Estaba seguro de que su hija podría dar más detalles al respecto de la situación de su país, ya que desde pequeña había mostrado interés por la política y el activismo. Había intentado fundar un think tank liberal a sus tempranas 9 unidades de expectativa de vida, pero a los waldeanos simplemente no les interesaba la idea de perder tiempo reflexionando sobre sistemas políticos. Sabían lo que funcionaba y tenían acceso a evidencia y estudios, cuya lectura ajustaría sus preferencias, las cuales se verían reflejadas en su pensamiento y, por consecuencia, en el sufragio semanal. Con 14 unidades de expectativa de vida, Cali logró formar un grupo de lecturas políticas en la Escuela Literaria Jorge Luis Borges junto a sus amigas. En el mismo, resumían antiguos tratados político-filosóficos y realizaban papers aplicando sus conceptos a situaciones actuales, logrando que sus lectores recibieran información sobre la realidad de Pangea y de sus respectivos países, pensando de forma más informada, lo cual se traducía en votos más calificados.

—¡Papi, qué alegría verte! Así sea por estos despersonalizantes aparatos de realidad virtual. ¿Cómo está todo en el viejo Walden? ¿Están pensando en formar Walden IV y V? —Cali bromeaba sin cambiar la complexión de su rostro. Esto solía confundir a Jorge, pero finalmente se encariñó de este peculiar

rasgo de su hija, usándolo él mismo, buscando confundirla y disfrutando las ocasiones en las que lo lograba.

—Hola, mi amor. Todo sigue igual en el viejo Walden, por suerte.

—Qué poco convencional de tu parte aludir a la suerte, muy poco pragmático —Esta vez Cali dejó ver una leve sonrisa.

—Tenés razón, pero me temo que últimamente estuve muy ansioso, muy preocupado por los distintos cambios en Pangea.

—¿La crisis del Modelo Costas? Coincido en que es preocupante, pero por el momento tanto Laurasia del Este como Laurasia del Oeste mantienen su vigencia en la totalidad de los estados que las conforman, por lo que estamos todos a salvo en el mundo desarrollado.

—Por un momento pensé que los roles se habían invertido, siendo vos la pragmática y yo el crítico. Muy dicotómico y simplista de tu parte hablar de mundo desarrollado, dando a entender que la otra parte no lo es.

Jorge mantuvo la seriedad mientras bromeaba con su hija, lo que no le implicó un esfuerzo muy grande porque estaba genuinamente preocupado por Miquela, quien se encontraba en Gondwana Oriental, dato que Cali desconocía.

—Hablando en serio, las diferencias entre continentes son simplemente un recuerdo de siglos anteriores, aunque reconozco que los focos insurgentes coinciden geográficamente con antiguos regímenes totalitarios. Es probable que lejos de estar frente a un fenómeno nuevo, estemos frente a un revival de los regímenes de antaño. “Sobre el eterno retorno y la tendencia repetidora de la historia” podría ser un buen título para un paper de tu club, cariño.

—Si bien el título debe ser uno de los más trillados que escuché en mi vida, aprecio la idea, más ahora que tenemos competencia. Un grupo de chicas formaron un grupo de lectura y escritura nihilista que sigue la estética del realismo socialista. Solo en la República de Tlön podrían emerger grupos tan delirantes, una cosa es la nostalgia y otra muy diferente es el olvido.

—¿No creíste oportuno mencionarlo antes, Cali? Creo que es un hecho de especial relevancia en relación con el asunto que venimos conversando.

—¿La vuelta a la analogía de los países digitales? Solo son un grupo de jóvenes idealistas, nostálgicos de una época de mayor intelectualización, incapaces de separar al artista de la persona. Leen a Sartre y deciden idolatrar al tipo por su férrea crítica a la metafísica, reivindicando toda su vida y tomándola como modelo a seguir, sin poder ver que fue un apologista del maoísmo y el estalinismo. Solucionan toda crítica ética aludiendo al relativismo. Pero no creo que se las pueda acusar de otra cosa que de delirantes o ingenuas.

—Sin ánimos de ofender, mi amor, pero si realmente creés que el accionar de un grupo en una institución académica no puede devenir en algo mayor o generar raíces ideológicas, ellas no son las únicas ingenuas. Además...

—Pa, me encantaría seguir conversando con vos, de verdad que sí, pero en quince minutos tengo reunión del club y todavía no desayuné. Después seguimos, ¿dale?

—Por supuesto, Ca. Un beso enorme. Por favor, manteneme informado sobre cualquier detalle que llame tu atención.

—Sí, Pa, pero por favor no te vuelvas paranoico, podrás llamarme retrógrada, pero creo que estamos a salvo en esta parte del mundo. ¡Besos!

Lejos de restarle importancia a estos pequeños cambios culturales tanto en Tlön como en Massachusetts, Jorge nunca había estado más preocupado. No podía concebirlos de otra manera, eran la antesala de insurrecciones populistas que amenazarían la estabilidad de ambas Laurasias, poniendo en riesgo las condiciones de vida de sus hijos. Temía lo peor, gobiernos que propusiesen aislarse del mundo, cerrando las fronteras, impidiéndole verlos de nuevo. Sentía una gran impotencia al no poder hacer nada para influenciar la situación. Miquela tenía contactos en el mundo de la comunicación, quizás ella podría ayudarlo a realizar campañas de difusión de estos peligros, reforzando el sentimiento anti-tiránico, haciendo reflexionar a sus compatriotas sobre los peligros de eliminar el Método Costas. No importaba quién fuera el gobernante, los matices ideológicos eran nimiedades frente a la posibilidad de una figura idolatrada, necesitaban otro burócrata cuyo nombre no supiera más del 5% de la población. La velocidad de difusión lograría que este mensaje trascienda los límites nacionales⁶, blindando al resto de la Pangea libre del avance analógico. Sin embargo, Miquela no volvería hasta los primeros días de agosto y había aprendido a no molestarla mientras trabajaba en otros países, ella nunca se lo había pedido, pero él sabía que tenía toda su energía puesta en el trabajo y una llamada suya con teorías conspirativas y preocupaciones excesivas no sería más que una fuente de estrés innecesaria.

⁶ Las fronteras entre países se convirtieron en lugares simbólicos, auténticos museos, tras el auge de las libertades individuales. Figuras como el contrabando y el narcotráfico fueron eliminadas en la mayoría de los estados pangeáticos, por lo que las fronteras no tenían razón de ser. Pasaron a ser consideradas un emblema del pasado.

Jorge no podía esperar cerca de un mes hasta la vuelta de Miquela para actuar sobre sus preocupaciones, la ansiedad lo mataría y nunca había sido adepto a los ansiolíticos digitales que podían descargarse directamente de la mental-web, le recordaban demasiado al soma de *Un mundo feliz*, regalo de Cali para su cumple-expectativa número 43. Consideró formar una ONG que realizara activismo a favor del sistema actual, pero sus esfuerzos serían en vano ya que estaba seguro de que los waldeanos, y los pangeanos en general, rechazarían cualquier tipo de involucramiento consciente en política. Debía apelar a sus valores e intereses de un modo preconsciente, consiguiendo su apoyo sin que ellos lo supieran, simplemente presentando una alternativa a tono con la evidencia actual sobre los sistemas más eficientes y con proyectos que preservaran e impulsarían el nivel de progreso alcanzado. Debía fundar su propio partido y ser candidato a primer ministro.

El proceso para ser candidato era bastante sencillo. Simplemente se debía nombrar al propio partido; crear una lista orgánica con la ideología del espacio, sus objetivos a largo, mediano y corto plazo; presentar una lista con los candidatos al poder ejecutivo y al parlamento y pensar el proyecto para subirlo a la junta electoral de la mental-web, conformada por inteligencias artificiales incorpóreas. En caso de fallar con alguna de sus promesas, o algún ítem de su ideario, sería desplazado a la semana e inhabilitado para volver a presentarse, así que debía ser extremadamente conciso y directo en su formulación.

Tras terminar su jornada laboral, Jorge volvió a su departamento, tenía todo el fin de semana para preparar su proyecto de campaña. En su afán por apresurar el proceso y estar disponible para el cruzamiento de datos lo antes posible, descargó la carta orgánica de Ramiro von Hases, el actual primer ministro

de Walden, con quien compartía la gran mayoría de sus postulados.

La construcción del proyecto dejó de ser un medio para un fin, para convertirse en un fin en sí mismo, Jorge estaba disfrutando la aplicación de sus conocimientos teóricos sobre política, filosofía y economía, al fin les había encontrado una finalidad práctica. Tras horas de trabajo, en las que solo paraba para comer e ir al baño, comenzó a ceder ante el cansancio. Decidió tomarse un descanso y ver una película para poder relajarse sin realizar demasiados esfuerzos cognitivos. Pensó en que le gustaría ver una comedia del siglo XXI, era aficionado de las películas viejas. Dejó que el software hiciera la selección por él. Inmediatamente, comenzó a reproducirse *Hot Fuzz*, de Edgar Wright.

Tras dos horas de relajación, las preocupaciones se habían diluido. No había estado tan motivado en meses, tenía un proyecto en mente que explotaba sus potencialidades y, de ser elegido, trabajaría buscando soluciones prácticas para la cotidianidad de los waldeanos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una notificación de máxima urgencia del boletín informativo de la República de Walden III. Se movió incómodo en su silla. El país nunca enviaba notificaciones a sus ciudadanos por considerarlas invasivas. Un mensaje de esta naturaleza no podía ser nada bueno. Aceptó el mensaje. El artículo se titulaba “Walden III se despide del obsoleto Método Costas y deja de ser una ineficiente república. Felicitaciones, cuarta generación de waldeanos. A partir de mañana serán los orgullosos habitantes del Principado de Walden IV”. Jorge no podía creer lo que estaba leyendo. Absorto en su trabajo, no fue consciente del paso de los días, era domingo por la noche. Sus peores temores se

hicieron realidad, todo su esfuerzo había sido en vano. No entendía lo que había sucedido, no hubo ninguna señal de cambios en Walden III, nadie hablaba de métodos de sufragio ni se quejaban de la situación actual. Todos sus conocidos eran partidarios de los valores republicanos, por más que nunca hicieran alusión explícita a los sistemas en términos teóricos.

Jorge necesitaba saber qué había pasado, nunca había anhelado tanto algo en su vida como anhelaba respuestas en ese momento, la confusión se estaba convirtiendo en un dolor físico que debía calmar. Pensó en su amigo Adam, nunca conversaban sobre otra cosa que no fueran películas de realidad aumentada, sus familias o sus trabajos, pero era inminente que conversara con alguien sobre lo acontecido y su esposa e hijos no saciarían su sed de respuestas por no encontrarse en Walden.

—Jorge, ¿podés creer lo que está pasando? Seguro un tipo práctico como vos ni se preocupa por estas cosas, pero yo temía que algo así podría pasarnos a raíz de la crisis mundial del Método Costas, solo que no tan rápido.

—¿Estás enterado de la situación mundial? Pensé que era el único que hoy en día leía sobre política, es terrible. Creo que lo mejor será que nos mudemos a la Confederación Occidental de Berlín, al Cantón de Zug o a otro país que represente nuestros valores en un nivel aún mayor que nuestro querido Walden.

—Sí, probablemente sea lo mejor, aunque me pregunto cuáles serán los límites y, más preocupante, los alcances de esta tendencia creciente. Te dejo, amigo. Necesito organizar a la familia y, sinceramente, a mis pensamientos.

Jorge no podía creer que su amigo compartiera sus preocupaciones, nunca le había sentido pronunciar una palabra refe-

rente a la política. Quizás el interés por los asuntos globales era mucho más común que la voluntad de comentarlos. Considerarse un crítico lo hacía sentirse especial, más intelectual que sus amigos, a los que creía demasiado desinteresados para compartirles sus elevadas preocupaciones. ¿Y si ellos pensaban lo mismo de él?

Quizás Adam era tan solo un caso aislado, pensó en su amigo Stephan, mucho más distraído y relajado que el primero.

—Jorge querido, qué inusual de tu parte llamar a tu viejo amigo, pensé que me habías olvidado. ¿Podés creer el quilombo en el que nos metieron nuestros compatriotas? Es increíble pensar que trabajamos, salimos y nos relacionamos con personas tan antidemocráticas. Recién hablaba con Becca y acordamos que lo mejor es irnos a Lucerna, Zúrich o cualquier lugar más civilizado que este.

La conversación fue corta, Jorge quería volver a sus pensamientos. Todos sus amigos eran activos pensadores de los males de Pangea y él había sido tan crédulo de considerarse especial al respecto. No obstante, esto no explicaba lo sucedido en Walden III (actualmente, Walden IV). Las preguntas se acumulaban en su cabeza sin dejar espacio para comenzar a responderlas. ¿Quién era el nuevo mandatario del país? ¿Cómo había ganado? ¿Cómo era posible que no hubiese escuchado siquiera su nombre o partido? No cualquiera derrumbaba un sistema de décadas, cambiando el rumbo de una nación. Primero, debía hacer el ruido suficiente. Las respuestas estaban al alcance de su consciencia, solo debía pensar las preguntas con la intencionalidad de buscarlas y el sistema intracognitivo las proveería. Pensó en el registro de votación reciente.

El Partido Azul de Estanislao Crocket se había impuesto sobre el gobernante Partido Liberal Clásico de Walden por más

de 50% de diferencia. Jorge detestaba los partidos cuyo nombre no decían nada de su ideología, por lo que el Partido Azul le generó una pésima primera impresión. Había obtenido el 71,43% de los votos, seguido por el 20,89% del P.L.C.W., el restante 7,68% se dividía entre diecisiete partidos minoritarios. En cuanto al referéndum para la eliminación del Método Costas, la votación había sido ligeramente más reñida. El “Sí” obtuvo 57,29% contra 42,71% del “No”. La distribución demográfica de los votantes era interesante, Jorge la estaba viendo cuando pensó en ver su propia participación. No supo por qué pensó en eso, estaba seguro de su voto, pero frente a la ventana de confirmación eligió la opción de aceptar y para su completa sorpresa vio la siguiente leyenda:

Jorge Mariano Smith-Quiroga.

Candidato elegido: Estanislao Crocket.

Referéndum para la eliminación del sufragio
cognitivo: No.

Tenía que haber una equivocación. Esos bastardos totalitarios seguramente sobornaron a los técnicos para que hackearan las inteligencias artificiales, el fraude era la única explicación posible. No podía quedarse pensando sin hacer nada, nuevamente la necesidad de respuestas era más fuerte que él. Se puso un abrigo y salió en dirección a la oficina electoral.

—Hola, señor. ¿En qué puedo ayudarlo? ¿Sabe que puede realizar todos sus trámites y consultas vía conexión mental?

—Hola, señorita. Sí, lo sé, pero ya no confío en su sistema, requiero respuestas. Mi certificado de sufragio indica que voté por un candidato que lejos está de mis posturas y valores.

—Ya veo. No soy una señorita, porque ni siquiera soy humana, pero con gusto lo ayudaré a resolver sus dudas. No es el primero que nos plantea esta cuestión el día de hoy, de hecho, nunca recibimos tantas consultas desde la apertura de la oficina, aunque sí es el único que vino en persona. Creo saber cuál es el problema. Por favor, dígame en qué difiere con el programa de Estanislao Crocket.

Silencio. Jorge no podía contestar, no tenía la más remota idea de lo que proponía el Partido azul, salvo la idea despótica de quitar el Método Costas, manteniéndose en el poder. Debíó excusarse, para poder informarse al respecto y preparar una petición de revisión sólida.

Lo primero que vio al entrar a la plataforma de Crocket fue un 97,8% de compatibilidad entre su idiosincrasia y las propuestas del partido, un número impensable. Sus coincidencias con el Partido Liberal Clásico de Walden nunca habían superado el 76,4%, un número muy bueno. La lectura de las propuestas le brindó una solución a su confusión, aunque no una que lo calmase. Análogamente a su propio accionar, Crocket también había copiado las bases del P.L.C.W., pero le había agregado una fuerte ofensiva ideológica, una batalla cultural, contra la Alianza Antifascista. Su preocupación por la situación global no era insólita, sino compartida por la mayoría de los ciudadanos de Walden, aspecto que Estanislao Crocket supo capitalizar al incluirla en su programa. De esta manera, logró una compatibilidad inédita con los votantes cognitivos, cuyos pensamientos rondaban en torno al miedo frente al avance del analogismo y la posible pérdida de sus libertades individuales. Incluso había sido tan brillante de no incluir el referéndum en su programa, sino que fue propuesto como una iniciativa independiente que no afectaba su candidatura. El

temor de Jorge lo llevó a votar preconsciousmente por Crocket, sin siquiera saber de su existencia, pero sus principios liberales le impidieron votar el referéndum, el cual sí fue votado por el 57,29% de los waldeanos, cuyo miedo fue más fuerte que sus valores. El pensamiento era el siguiente, es necesario desestimar el escaneo cognitivo para mantener a Crocket en el poder, quien lograría los cambios culturales necesarios para generar un proceso re-digitalizador de Pangea. Como las fronteras no cumplen su rol de antaño, su influencia en el país trascendería el ámbito waldeano, afectando a la totalidad del globo. Logrado su cometido, se podría volver al Modelo Costas, después de todo, Crocket era un fiel defensor del mismo, por eso buscaba reinstaurarlo allí donde fue desplazado.

Jorge no era tan optimista sobre las intenciones de su nuevo Príncipe, el cambio en la denominación de su puesto como cabeza del ejecutivo era sospecha suficiente. Si tan solo hubiera podido escapar de su sueño de intelectualidad, podría haber debatido con sus pares al respecto, generando una actitud más explícita sobre las ideas. Todos estaban preocupados por la política, la tendencia no había sido no pensar al respecto, sino que consideraban de mal gusto conversar sobre estos temas. ¿Por qué quejarse y criticar un sistema que funcionaba? ¿Por qué pensar que los problemas de tierras lejanas menos desarrolladas podrían afectarlos a ellos? Resultó que la mayoría callada tenía un pensamiento definido, solo que no lo expresaba, guardándose para ellos mismos, entrando en conflicto su parte racional con el miedo a las consecuencias. El miedo ganó, dominando la voluntad popular.

Sus recientes dudas sobre la eficiencia del escaneo de consciencias no eran suficientes para desplazar sus creencias anteriores y aún creía que su eliminación repentina era un error

que podía derivar en consecuencias liberticidas. Tomó las pocas posesiones materiales que les eran significativas y pensó en Tlön para sacar un boleto e ir a pasar unos días con Cali hasta que decidiera dónde instalarse. De algo estaba seguro, sería un país digital. La interfaz del aeropuerto no apareció enseguida, le salió una pantalla de carga, algo que nunca le había sucedido desde la cognitivización del internet, seguida por el siguiente mensaje:

Todos los vuelos fueron cancelados temporalmente.

La salida del Principado de Walden IV no se encuentra autorizada por el momento. Lamentamos la molestia, estamos trabajando por preservar nuestro estilo de vida y vencer a la alianza antifascista.

Que tengan una excelente jornada.



FANTASMAS DIGITALES

Federico entró a la sala de exhibiciones del Complejo Ameghino-Marín, inhaló y exhaló. *La vuelta a lo que no fue* era una realidad. Meses de trabajo se veían materializados en su primera muestra, su anhelo desde mucho antes de ingresar a la Escuela de Bellas Artes, ubicada a pocas cuadras de donde se encontraba. La atmósfera otoñal marcada por el marrón de las hojas esparcidas en la calle afuera del museo era ideal. Todo estaba perfecto, los cuadros, la mesa con los vasitos descartables para el café, los bancos estratégicamente ubicados para apreciar las obras y el escenario donde hablaría de su fuente de inspiración. Miró a su alrededor, estaba solo, se aseguró, revisó en toda la sala, no había otra alma a la vista, sonrió. Con todo listo para la gran noche, se dispuso a ir a su departamento para ducharse y cambiarse, pero, camino a la puerta del museo, parpadeó. Inmediatamente, se arrepintió de haberlo hecho. Al abrir nuevamente los ojos, ahí estaba ella, Marina. La vio junto a la mesa del café, vestida de gala, perfecta para una muestra de arte.

—Hola, Mari. ¿Vas a venir esta noche?

—Me encantaría, pero no puedo, conocí a alguien más.

Con el sonido de la S final, Marina desapareció. Sus visitas atormentaban a Federico, quien esperaba poder ahorrarse su presencia acosadora el día de su exhibición.

Su primera aparición ocurrió en verano. Federico estaba yendo con dos amigos del instituto a tomar un café en el centro para celebrar que habían aprobado un final al que le tenían cierto medio y venían pateando llamado tras llamado. Mientras cruzaban la plaza San Martín, la visión de una cara conocida lo desconcertó.

—Che, vi a una conocida. La saludo y vuelvo.

—Dale, te esperamos en una de las mesas sobre la plaza. ¿Dos medialunas y un cortado están bien?

—Espectacular.

Mientras sus amigos se alejaban, decenas de pensamientos invadieron la mente de Federico, la mayoría de incertidumbre. No estaba seguro de cómo podría resultar la interacción con Marina y creía probable que saliera mal. Se quedó parado por diez minutos, sin decidirse a avanzar, hasta que finalmente lo hizo, quería quitarse la duda.

—Hola, Mari. ¿Cómo estás?

—Fede, hola. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Ayudar? Solo te quería saludar.

—Después del chistecito de la última vez que hablamos pensé que no querías saber nada más conmigo.

—¿Qué chiste? Obvio que sí, estaba re enganchado y quería seguir hablando y arreglar para vernos.

—No entiendo entonces la necesidad de ser irónico y hacer un chiste de tan mal gusto.

—No sé de qué chiste me estás hablando. Decime, así puedo explicarme.

—No, dejá. Me están esperando. Nos vemos.

—Mari... —Antes de que Federico pudiera seguir hablando, Marina desapareció. La rapidez de su partida lo dejó doblemente desconcertado.

El café ya estaba frío y sus amigos iban por el segundo pedido de medialunas.

—¿Con quién hablabas?

—Con una chica con la que estábamos en algo y no veía hace rato.

—¿Dónde estaba la chica?

—En aquel banco, pero ya se fue.

—¿Me estás cargando? Cada vez que te buscábamos para ver si te faltaba mucho te veíamos solo.

—Encima de chusmas, ciegos. Toda esa pintura en aerosol les jodió la vista.

Las semanas pasaron y Federico creía haber superado a Marina, estaba concentrado en la preparación de su primera muestra. La melancolía y la nostalgia eran dos temas centrales en su presentación, los cuales combinaban a la perfección con su fijación por la década de los 50' y 60'. Su paleta abarcaba diversos tonos de verdes y azules, amarillo mostaza y combinaciones de negro, blanco y rojo. Sin embargo, por cada decena de cuadros finalizados, solo uno pasaba su propio proceso de selección para integrar la presentación, por lo que los viajes a la artística eran cotidianos.

Salió de su departamento a las 17:30, con moderado apuro, ya que a las 18:00 debía dirigir un aburrido taller de iniciación al arte que le posibilitaba pagar el alquiler. Un cuarto de hora más tarde, mientras volvía a su casa con la recientemente ad-

quirida pintura, cruzó miradas con una joven, la cual vestía una remera blanca, pantalones negros y zapatos rojos.

—Hola, Fede. ¿Haciendo compras?

—¡Marina! Qué alegría verte, me sorprende que me saludes tan simpática después de nuestro encuentro en la plaza.

—No sé de qué hablás, pero es un gusto verte. Es más, estuve pensando en vos toda la semana. Hay un concierto de jazz en Capital y toca Bourbon Sweethearts, sé que te encantan así que pensaba comentártelo por si querías llevar a alguien o ir solo.

—¡Qué copado! Gracias por contarme. ¿Querés que vayamos juntos?

—¿Querés ir conmigo?

—Sí... ¿Te parece algo raro?

—La verdad que sí, siempre pensé que te molestaba, que me hablabas por rutina o que, a lo sumo, me veías solo como una amiga.

—¿Qué te haría pensar que...? —La pregunta fue interrumpida por la súbita desaparición de Marina. No se alejó, sino que comenzó a desvanecerse hasta que su figura traslúcida se difuminó por completo.

Frustrado por no poder quitarse a la enigmática joven de su cabeza, sacó su celular convencido de que llegaría tarde a su clase. Los números 17:45 brillaban en la parte superior de su pantalla por encima de *Nighthawks* de Edward Hopper, su protector de pantalla. El tiempo se había congelado durante su conversación con Marina.

Luego de ese encuentro, las apariciones aumentaron su frecuencia y comenzaron a suceder en lugares cada vez más extraños. Marina se aparecía al fondo de sus clases, en el pasillo

de los helados en el supermercado, en el transporte público, a los pies de su cama cuando estaba por dormirse, donde fuera. Las interacciones siempre eran iguales, salvo por un detalle. Se saludaban, tenían una breve conversación y ella se esfumaba sin previo aviso.

Lo diferente de cada intercambio eran las razones por las cuales argumentaba no poder estar con Federico. Preocupaciones familiares, presiones laborales, estar con otra persona, rechazo hacia él y sentirse rechazada por él eran las más comunes. Sin embargo, a veces daba explicaciones más extrañas, una mudanza repentina a otra ciudad, la decisión de irse por unos meses de retiro espiritual o un trágico secuestro. Federico no daba demasiado crédito a este último grupo de excusas, pero no por eso dejaban de ser intrusivas, constantes, tan frecuentes como las explicaciones más tradicionales.

Las visitas comenzaron como una distracción, se convirtieron en una molestia y, finalmente, desbarataron todos los aspectos de la vida de Federico. No podía dormir, había desaprobado dos parciales por su incapacidad de concentración al estudiar, perdió varios estudiantes en consecuencia de dar las clases más improvisadas de su vida y sus amigos se estaban cansando de su paranoia e incapacidad de disfrute. Probó meditar, hacer más ejercicio, salir de fiesta, hablar con otras chicas, pero nada podía sacar a Marina de su cabeza, la incertidumbre era el combustible para la máquina generadora de hipótesis que era su mente, convirtiéndose en su máxima prioridad la obtención de respuestas. No logró obtener ni un poco de claridad mental hasta que, por sugerencia de su madre, comenzó terapia.

Las primeras sesiones fueron frustrantes, estaba hablando de Marina con una desconocida, mientras ella lo saludaba desde

la ventana del consultorio. Le costó abrirse y contar su problema, pero cuando pudo hacerlo sintió un gran alivio. Su terapeuta le dio diversas tareas para cambiar su foco de atención y utilizar su tiempo y energía en actividades orientadas a poner en práctica sus valores. Por primera vez en meses se sentía en paz, lo cual le daba una gran satisfacción porque faltaban solo dos semanas para su primera muestra y la había descuidado durante los acosos de cierto fantasma escurridizo.

Lamentablemente, esas dos semanas de tranquilidad y productividad culminaron con una nueva visión de Marina a solo horas de su gran presentación. No creía posible disfrutar la esperada noche mientras la veía rondando entre los invitados, pensando cuál sería la nueva excusa que daría antes de esfumarse nuevamente.

Le pidió a uno de sus amigos si no lo podía pasar a buscar para ir juntos a la muestra, con la esperanza de que al estar acompañado le sería más fácil desviar su atención de la posible intrusa. Al llegar vio una cantidad importante de personas viendo sus obras, más de las anticipadas, lo cual lo alegró. Saludó a familiares, amigos y compañeros del instituto, tomó un vaso de café y se preparó mentalmente para dar el discurso que tenía listo antes de pintar la primera obra. Fue en ese momento cuando la vio. Hermosa, sonriente, se movía como si las muestras artísticas fueran su hábitat natural. Tenía un aspecto peculiar, algo distinto que Federico no terminaba de pesquisar. Decidió ignorarla y dirigirse directamente a un cuarto vacío a practicar su monólogo. Sin embargo, mientras pasaba junto a ella, la escuchó hablando con uno de sus amigos. Era la primera vez que la veía relacionándose con otra persona desde que empezaron las apariciones. Eso era lo que tenía de diferente, esa mujer parada a unos pocos metros de él no era una visión,

era la auténtica Marina. No era improbable su presencia física en el museo, después de todo, había llegado a su perfil por gustos comunes y eso lo había motivado a hablarle. Esta era su posibilidad de acercarse y hablar con ella, acabar de una vez por todas con las dudas, saber por qué había decidido dejar de hablarle repentinamente y exorcizar la aparición que atormentaba sus pensamientos. Hizo dos pasos en su dirección, se paró en seco y, con la cabeza baja, dio media vuelta en dirección al cuarto donde practicaría su discurso. No estaba dispuesto a hablar con alguien que un día decidió desaparecer de su vida sin aviso previo, las razones del ghosteo, de la interrupción de la comunicación, no eran tan relevantes como el hecho en sí. Federico dio su discurso a una audiencia compuesta solamente por personas de carne y hueso.



DESARRAIGO⁷

La ciudad era fría, la noche solitaria. Otra jornada laboral terminaba y debía volver a casa. En Argentina me había graduado con honores de la carrera de medicina, tenía una cartera de pacientes que me permitía vivir mucho más cómodo de lo que jamás había soñado, daba clases en la Universidad de Buenos Aires y organizaba pequeños talleres literarios en Café Tortoni. En Ankara, trabajaba medio tiempo en una hamburguesería, esperando que mi compañero de trabajo se recibiera de la universidad y dejara su puesto para poder tomar el turno completo. Daba clases de español en un centro comunitario, pero la paga era miserable. Cada tanto organizaba un taller literario vía zoom, pero me cansaba gestionar todo por internet y detestaba la enseñanza virtual.

El colectivo era oscuro, todos iban apretados y, muy probablemente, nadie hablaba español. Siete meses habían pasado desde mi llegada a Turquía, aún no tenía amigos y me daba pavor hablar con extraños. Mi cara delataba que era un extranjero y no creía ser bienvenido. La gente se alejaba o me miraba de reojo. Me sentía observado todo el tiempo.

⁷ Originalmente publicado en la antología *Renacer de las letras* del Instituto Cultural Latinoamericano (Mención de honor en el concurso homónimo).

El barrio en el que vivía no era el mejor. Estaba buscando mejorar mis condiciones de vida, pero por el momento era todo lo que podía pagar. La basura se acumulaba en los callejones, el olor a orina de gato me irritaba los ojos y los gritos de los vecinos eran constantes, intolerables.

Entré al departamento oscuro de un solo ambiente y los recuerdos de mi hermoso loft en Recoleta me asaltaron. Tardé un año y medio para terminar de decorarlo a mi gusto, al mes estaba empacando para mudarme a otro continente con las manos vacías. Podía ver claramente los posters de *Manhattan*, *Medianoche en París* y *Zelig* colgados sobre la chimenea; el reloj minimalista pintado con tonos de naranja y beige, el pequeño toque que mi mamá le dio al ambiente; la estantería de tubos color crema llena de libros de filosofía, psicología, análisis literario y cine; los dos muebles de caoba con libros de ficción; mi colección de discos; el chaise longue que me regaló mi viejo al recibir mi diploma de honor...

Era tarde y todavía tenía que cocinar la cena. La heladera estaba repleta de aire frío y las alacenas de paquetes de fideos, arroz y galletitas. Descarté las mínimas opciones disponibles, hoy era 13 de marzo. Mis habilidades culinarias no eran las mejores, estaba acostumbrado a que me cocinaran. Sin embargo, YouTube había demostrado ser una herramienta valiosa en ese sentido. Me puse mi gabardina, bajé rápidamente por la escalera para escape de incendios y caminé quince cuadras al deli más cercano, estaba apurado. Estaba ahorrando para poder revalidar mi título en la Universidad de Hacettepe, la mejor facultad de medicina del país, pero esta ocasión ameritaba el gasto. Compré 300 gramos de papa, una cebolla, una barra de manteca, carne de cerdo, aceite de oliva y champiñones para la

salsa. A la vuelta, troté para ahorrar un poco de tiempo. Era tarde, muy tarde.

Tres horas después, el asado de cerdo danés con salsa de mostaza y papas fritas estaba listo. Prendí dos velas, busqué Smooth Jazz en Spotify y estaba terminando de lavar la sartén cuando escuché el picaporte de la puerta de entrada moverse violentamente.

—¡Qué porquería! Nunca voy a acostumbrarnos a esta maldita puerta.

—¿Sabías que te ves más linda cuando rezongás por pequeñeces?

—No entiendo.

—Cuando te quejás por cosas pequeñas.

—Ah, entonces me debo quejar seguido porque siempre estoy linda.

—No te voy a discutir eso porque la evidencia empírica está a tu favor.

—¿Y esa olor?

—Ese, olor es masculino.

—Ridículo.

—Ustedes ponen el objeto antes del verbo, eso es ridículo, en español suenan como Tarzán.

—No cambies la conversación, gracioso. Deberías estar acostado hace dos horas porque en cinco tenés que estar dando clases en el centro comunitario y mi casa tiene un olor que jamás tuvo.

—Hoy es 13 de marzo. Es el séptimo mes desde el día más feliz de mi vida, hasta ahora. No iba a dormir siete horitas mientras vos volvías después de dar clases de inglés todo el

día y comías las sobras de mi cena sola. Hoy comemos juntos asado de cerdo.

Ece y yo comimos uno frente al otro, su sonrisa estaba perfectamente enmarcada por sus rulos y entre cada bocado me miraba y me sacaba la lengua. Esa fabulosa imagen estaba destinada a ser reemplazada por otra que se proyectaba en mi mente todas mis horas diurnas y gran cantidad de las nocturnas, una imagen que se haría realidad en unos meses cuando Ece diera a luz a nuestra primera hija y los tres estuviésemos juntos en nuestro departamento.

El día siguiente, mientras viajaba a mi trabajo mal pago, rodeado de personas que hablaban un idioma que desconozco y una pareja me miraba de reojo, no podía dejar de pensar que era el tipo más afortunado del mundo.



FANTASÍAS INVERNALES

Cuando era chico siempre deseé poder ver nevar, pasar una blanca navidad como los personajes de los especiales de todos los canales de televisión en donde miraba dibujitos. Esto era algo imposible, ya que vivía en la provincia de Buenos Aires, donde la nieve solo era una anécdota de eventos aislados e improbables del pasado. Quería vivir en un lugar donde fuese constante, todos los inviernos, todo el invierno. Soñaba con hacer muñecos de nieve, dibujaba sobre eso, decoré mi habitación con posters de árboles de navidad completamente blancos, era mi sueño, no podía pensar en otra cosa.

Mis padres me ofrecieron irnos de vacaciones a Bariloche en julio de un año en el que estábamos muy bien económicamente, pero me negué rotundamente. No quería ver nieve, quería vivir en la nieve. No podía conformarme con ser un simple espectador, como quien conoce especies exóticas solo por ir al zoológico.

Los años pasaban y mi anhelo no hacía más que crecer. Cuando me encontraba en tercer año de la escuela secundaria di por casualidad con la página web del Instituto Balseiro en Bariloche y no pude contener la emoción al descubrir que existía una universidad en donde podría estudiar, viviendo, al

menos cuatro años, en una ciudad en la que nevaba año tras año. No era muy buen alumno y el ingreso al Balseiro era muy selectivo, por lo que me enfoqué en los estudios, conseguí un trabajo de medio tiempo en un almacén local y, con lo que ganaba, me pagué clases particulares de Física, cuya licenciatura estudiaría. No era un apasionado de la física, pero era una de las carreras del Instituto y podría conseguir una beca de comprometerme a hacer una maestría, finalizada la licenciatura. La beca no solo facilitaría mi ingreso, sino que me garantizaría otros dos magníficos inviernos blancos.

Cuando estaba en último año, conocí a Jesica. Siempre había sido un adolescente peculiar, con pocos amigos, perdido en mi propio mundo, por lo que conocer a aquella chica dulce y gentil fue un momento clave en mi vida. Íbamos al cine, al teatro; compartíamos sueños, anhelos, preocupaciones; hablábamos del universo y de las hormigas que recorrían nuestras zapatillas mientras compartíamos un picnic en el parque. Lamentablemente, Jesica era una gran fanática del cine y decidió estudiar Diseño de Imagen y Sonido en la UBA, por lo que tuve que romper con ella, ya que no estaba dispuesta a acompañarme a Bariloche y nada era más importante que poder vivir finalmente entre la nieve.

El año llegaba a su fin y había sido admitido en el Balseiro, tantos años de esfuerzo estaban dando sus frutos. No me entusiasmaba la idea de dejar atrás a mi familia, a Jesica y a la ciudad que me vio crecer. Nunca había vivido solo y temía no poder insertarme socialmente en mi nueva ciudad, pero nada de eso importaba ante la ilusión de completar mi deseo de la niñez, mejor dicho, el deseo que comenzó en la niñez y me acompañaba hasta ese día.

El viaje fue interminable, solo fueron veinte horas, pero parecieron meses. Bariloche estaba tan cerca, pero tan lejos a la vez. Finalmente, llegamos. Aún estábamos en marzo, el año escolar estaba por comenzar, pero las nevadas no habían comenzado. Pasaron cuatro meses desde que mis padres me dejaron hasta que pude sentir la nieve por primera vez.

¡Qué sensación horrible! La nieve no paraba, mojaba la ropa, se derretía enfriando la piel y el viento hacía de las nevadas experiencias realmente insufribles. Había sido increíblemente ingenuo al pensar que me gustaría la nieve solo por verla en situaciones ficticias en programas de televisión cuando era un niño. Condicioné mi vida por un deseo infantil, un capricho. Ya había aprendido la lección, debía desarrollar un mejor criterio, diferenciar entre fantasía y realidad, y no dejarme llevar por un solo elemento que llamara mi atención. A partir de ahora, buscaría una vida más compleja, con intereses múltiples y variados.

Las clases de la Licenciatura en Física eran aburridas y aún no había logrado hacer nuevos amigos, los meses pasaban y nada de esto me importaba porque había aprendido a ser feliz con las pequeñas cosas de la vida, generando sentido de lo que se tiene, sin divagar acerca de lo que no se tiene.

Siempre fui curioso, me gusta buscar información para ampliar mi conocimiento, por lo que decidí aprender más sobre Inglaterra al leer sobre Isaac Newton en la universidad. Nunca había estado tan encantado, ni siquiera con la nieve. ¡Qué país! Su cultura, la historia, el deporte, todo acerca de aquella isla me parecía fantástico. Tenía una nueva meta, deslomarme estudiando Física para sacar las mejores notas de mi clase, en la licenciatura y la maestría, para poder ganar una beca y doctorarme en la Queen's University de Belfast. Poco me interesaba

la física y los posgrados, pero, de esta forma, viviría al menos dos años en el país de mis sueños.



DETRÁS DEL PERFIL

El jueves 9 de junio del año 2022 no parecía un día especial. Florencia se había levantado a las 6:00 a.m. como todos los días. Odiaba madrugar y más aún detestaba hacer ejercicio, pero necesitaba hacerlo por dos razones, para tener el cuerpo que siempre quiso y para subir la infaltable historia en el gimnasio a las redes, específicamente a Instagram. Se preparó un desayuno fitness que consistía en un smoothie de yogurt y frutos del bosque, una tostada de mantequilla de nuez, plátano y semillas de chía y un muffin de quinoa y coco. Le sacó una foto, la posteó en su perfil con los hashtags #VidaSaludable y #ComerseElMundo, actualizó siete veces la página para ver quiénes eran las primeras personas en ver su historia, probó un trago del smoothie y un mordisco del muffin y le mandó un mensaje a su hermana diciéndole que le había preparado el desayuno. Intentó muchas veces comer esos desayunos sanos, pero no podía pasarlos.

De camino al gimnasio, compró un café y dos medialunas en un kiosco del barrio que tenía promociones muy baratas. Se subió al auto y pasó el café a un vaso de Starbucks que llevaba en el asiento del acompañante. Le sacó una foto con cuidado de que no salieran las ventanas, se tomó el café, se comió las

medialunas y arrancó. Esa foto podría subirla a la tarde, ahora era inviable su uso, porque anularía la percepción de su desayuno saludable, por eso buscó evitar que saliera el sol de la mañana.

Empezó con una rutina de glúteos, pero a un ritmo tranquilo hasta que vio a una chica y le pidió que la grabara. Necesitaba una historia del entrenamiento. Esperó diez minutos eternos hasta ver a una chica que la pudiera grabar, no quería decirle a un hombre porque quizás pensaba que lo de la foto era una excusa para algo más y detestaría dar la sensación de que ella estaba tomando el primer paso. Eso era de desesperadas, ella contestaba las frases con doble intención si eran de su interés, pero jamás las iniciaba, no le hacía falta.

Tras la rutina inicial, se cambió dos veces de outfit para realizar dos rutinas distintas y pedirles a otras chicas que la grabaran. Perfecto, ya tenía los videos necesarios para las publicaciones del viernes y del lunes. No tenía que volver al gimnasio hasta el lunes a las 15:00, ya que tenía la foto para la mañana de ese día y a la tarde podría sacar fotos para los próximos tres días. Siempre iba en horarios distintos para no cruzarse con la misma gente, pudiéndole pedir fotos a personas diferentes. De esta manera, nadie la miraba raro y más gente podía verla ejercitando en sus outfits nuevos, los cuales, tras un uso, revendía por internet para poder reponer.

Terminada su rutina matutina, volvió a su departamento, donde se pasó la tarde estudiando para los últimos parciales del cuatrimestre. Solo interrumpió el estudio para subir la historia del café y revisar sus notificaciones. Se lamentó por no haber generado más contenido para publicar. No podía subir una foto de ella estudiando, solo se arriesgaría a parecer aburrida y perder seguidores.

A Florencia siempre le apasionó la historia, le gustaba imaginarse la vida en otras épocas, en realidades perdidas que fueron suplantadas por la modernidad, con la cual no se sentía a gusto. Fantaseaba con momentos históricos en los que los amantes se mandaban cartas, las presiones cotidianas eran menores (al menos para el grupo social al que ella aspiraba) y podía dedicar sus días al cultivo de las propias pasiones, sin que los demás se enteraran de las mismas. Sin embargo, la realidad había cambiado y ella no podía quedarse atrás, debía estar a la altura. Sabía distinguir entre la esfera personal y la pública y no dejaba que sus sueños interfirieran con la segunda. Le gustaba la historia, pero no pensaba ejercer su profesión, ya que no podría mantener el estilo de vida que llevaba actualmente con un sueldo de docente ni encontraba glamorosa la profesión. Razones similares aplicaban a la carrera de investigadora. Estudiaba por placer y por nostalgia, sentimiento que estaba intentando desplazar. Además, mientras estuviese estudiando, tiempo que tenía pensando extender lo máximo posible, sus padres financiarían sus gastos en la capital. Esto le permitía tener el suficiente tiempo libre para conseguir una gran cantidad de seguidores en Instagram, aspirando a tener los suficientes para empezar a hacer colaboraciones con marcas y poder vivir de eso. Esto le daría el ingreso suficiente para aumentar su calidad de vida, mejorar sus publicaciones y conseguir más seguidores.

Tras dos cabezazos hacia adelante ocasionados por el sueño, Florencia dejó de lado su copia de *Una historia del pensamiento político: La edad media* de Walter Ullman y fue a ducharse. Tenía hambre, pero no podía permitirse ningún snack antes de la cena, su rechazo por la comida saludable la llevó a comer menos para cuidar su figura para las fotos. Estaba ajus-

tada con los gastos y no quería volver a contratar a alguien para que la ayudara con la edición de aquellas fotos en las que se le notaba pancita. Después de la ducha, revisó las historias de los últimos meses para no repetir vestimenta. Eligió un conjunto que solo había usado para un cumpleaños familiar, en los cuales no sacaba fotos porque eran en la casa de sus padres o abuelos, no en un lugar de moda, y se fue a un bar nuevo de Palermo, el cual tachó de su lista de pendientes, sabiendo que no volvería al mismo. Al bar fue en colectivo para ahorrar nafta, pero se aseguró de sentarse atrás al fondo para evitar ser reconocida. La pandemia le había legado el barbijo, el cual le permitía viajar aún más en el anonimato. Tras llegar al bar, se tomó dos cervezas, se sacó un par de decenas de selfies y volvió a su departamento, donde leyó un capítulo de *Cumbres borrascosas* y se durmió. Al día siguiente, repitió la rutina.



LUISITO, EL INSPECTOR DE AVES DE CORRAL⁸

El cantar de los gallos anunciaba el inicio de otra jornada de trabajo. Luis le dio un beso a su mujer, acostada junto a él, se vistió rápidamente y se preparó un café con leche y un vaso de jugo de naranja, los cuales tomó tranquilamente mientras se permitía la banalidad de mirar un sketch en la televisión.

Mientras caminaba en dirección al mercado, observó el cambio de pigmentación en las hojas que le regalaba el otoño, saludó a Doña Elena; a Roberto, el carnicero del barrio; a los muchachos que trabajaban en una obra cercana y a todo aquel con quien se cruzó. Disfrutaba del cantar de los pájaros, del cambio de la tranquilidad al movimiento exacerbado al pasar de los suburbios al centro, de la vista de la arquitectura urbana. Estaba inmerso en el presente, disfrutando la rutina, disfrutando Buenos Aires, sin presentaciones en mente, entrevistas, sin sobreanalizar todo a su paso, sin sentirse observado.

Rulo y Cacho lo invitaron con un mate y unos bizcochitos salados, mientras revisaban los especímenes del día y charla-

⁸ Originalmente publicado en la antología *Tempus de Borges* de Mercedes SADE Internacional (Segundo lugar en la categoría “Narrativa”).

ban de política, sus familias o las peripecias del trabajo. Sus opiniones políticas eran fuertes, pero se cuidaba de no ser muy enfático al respecto, debido a que la última vez que se hizo el democrático perdió su puesto. En realidad, fue reasignado a su puesto actual, dejando de ser auxiliar de bibliotecario.

Luisito no puede recordar el incidente sin que se le escape una sonrisa. Pensó que lo había perdido todo, que había retrocedido en su carrera, que debería exiliarse, usar pseudónimos, militar en el partido para recuperar su gloria. No obstante, en un momento de lucidez, decidió aceptar el cambio de puesto mientras diseñaba la mejor estrategia para encarrilar su vida. Jamás creyó que se enamoraría de su nueva realidad. De la simpleza, la independencia, la libertad.

Las primeras semanas como inspector de mercados de aves de corral fueron duras, sentía que había caído desde el Olimpo cual Hefesto, castigado solo por decir lo que pensaba, dejando de ser un dios, debiendo aprender a vivir entre los mortales. Se sentía denigrado, sucio, inútil. Estaba aterrado. ¿Mermarían sus facultades intelectuales? ¿Se perdería en la muchedumbre? ¿Tendría que realizar trabajos serviles? ¿Cómo conversaría con sus compañeros? ¿Necesitaría empezar a interesarse por el fútbol? Esa última pregunta alcanzaba para dejarlo petrificado de horror, entregándose a la bebida y dudando sobre la relevancia de estirar su existencia.

...

Corría el mes de julio, Luisito no recordaba un invierno más crudo que el de ese año. Había sido una semana terrible. Estuvo a punto de tener el primer altercado físico desde que en la primaria trató de “idiota” a un compañero por no saber lo que

era la prosa. En un intento por socializar con sus compañeros de trabajo, quiso debatir la saga islandesa de Egil Skallagrímson con Juan Pablo, al que apodaban rulo, repitiendo el agravio que le ocasionó su primer pelea décadas atrás al descubrir atónito que su interlocutor apenas sabía leer y escribir y nada sabía sobre sagas o siquiera la existencia de un país llamado Islandia. Para empeorar la situación, Manuel, quien insistía en que lo llamaran Cacho por alguna razón que Luis no alcanzaba a comprender, los invitó a ambos a una fiesta en su casa el fin de semana con la intención de calmar las aguas.

Nunca supo por qué decidió aceptar la invitación de Cacho, no buscaba hacer nuevos amigos, no creía poder encajar ni sabía si deseaba hacerlo y no quería posponer sus planes. Todos los sábados tomaba la obra de un escritor amigo, la leía, buscaba errores argumentales o de estilo (los encontraba) y las reimaginaba desde la óptica de Richard Barnaby, un filólogo ficticio que encontraría los restos de la misma siglos después de la muerte de su autor, tomando la labor de completar los fragmentos faltantes. Esta semana había seleccionado *Don Segundo Sombra*.

Las primeras horas fueron fatales, la comida insípida, la charla superflua y nadie le dirigía la palabra, por lo que se pasó la mitad de la velada sentado en un rincón, hojeando diarios viejos que encontró apilados en un rincón del departamento. Su lectura fue rápidamente interrumpida cuando lo llamaron a la mesa para tomar un café antes de dar por terminada la noche. Rosario, la esposa de Cacho, anunció que estaba embarazada y propuso que todos los invitados escribieran un nombre de varón y otro de mujer para tener más opciones a la hora de elegir. Luis se sentía exasperado por lo que consideraba como una actividad baladí. Temía que se rieran de sus opcio-

nes. Detestaba las actividades sociales, nunca había sido bueno para las mismas. Las personas son impredecibles, pueden ser crueles y nunca se sabe lo que piensan, en cambio, los personajes literarios son mayormente predecibles, dejan constancia de sus pensamientos (incluso exclamándolos en voz alta) y sus acciones afectan solo a otros personajes literarios, nunca al lector, pueden conmoverlo, motivarlo, inspirarlo, pero nunca injuriarlo.

—Es tu turno, Luis —le indicó amablemente la anfitriona.

—Pensé en Proteo y Calipso.

Varios invitados disimularon una sonrisa, mientras que otros no fueron tan mesurados y se rieron vulgarmente mientras murmuraban entre sí: “¿Y a este de dónde lo sacaron?”, “¿Se acabaron los nombres de este siglo?”, “Luisito no puede vivir si no da la nota”, pero solo un comentario llegó a Luis.

—Every life is in many days, day after day. We walk through ourselves, meeting robbers, ghosts, giants, old men, young men, wives, widows, brothers-in-love, but always meeting ourselves⁹.

Todos los presentes quedaron asombrados, aunque por razones distintas. Solo Luis entendió la hermosa cita, mientras que los demás estaban sorprendidos de que María, la nueva amiga de Rosario, supiera inglés y, más aún, de que haya decidido que, por alguna razón, era momento oportuno para hablarlo.

...

⁹ “Cada vida es en muchos días, día tras día. Caminamos a través de nosotros mismos, conociendo ladrones, fantasmas, gigantes, viejos, jóvenes, esposas, viudas, hermanos del corazón, pero siempre encontrándonos con nosotros mismos”. James Joyce, *Ulises*.

Luis y María llevaban siete tazas de café para el momento en el que la conversación alcanzó su cenit. Luego de ese primer instante de conexión en la casa de Cacho, ambos decidieron retirarse e ir a conversar a un lugar menos ruidoso, eligiendo la única cafetería abierta que pudieron encontrar a esas horas de la noche.

—Sinceramente, no te entiendo. Hablás diversos idiomas, fuiste a la universidad, conocés el mundo, leíste a los grandes, estás a mitad de camino entre una diletante y una polímata. ¿Qué hacés trabajando como operaria textil?

—Es muy sencillo. Soy una amante de las letras, del conocimiento, de la música, pero no considero que sea razón necesaria para vivir de eso. Disfruto leer a Shakespeare, pero nada me aburriría más que pasar mis tardes discutiendo las particularidades del pentámetro yámbico con un grupo de hombres de mediana edad con sacos de tweed con parches en los codos que simulan interés solo para invitarme a visitar un museo, una biblioteca o alguna obra de teatro con intereses que trascienden lo cultural. Nada me agrada más que escuchar la suite para violonchelo n.º 1 en sol mayor de Bach, pero tenía dos clases de compañeras posibles para las muestras musicales de este estilo, aquellas que solo hablaban de vestidos, casamientos y herencias y quienes intentaban hacer una gala snob de sus conocimientos citando a Nietzsche para hacer la misma crítica nihilista de la sociedad noche tras noche.

—Así que decidiste separar tus pasiones de tus actividades diarias —sentenció Luis, despertando brevemente de la hipnosis provocada por el relato de María.

—Parcialmente. Encuentro sumamente reconfortante poder trabajar de algo que no requiera un esfuerzo intelectual constante y la estereotipación de valores culturales y estéticos, re-

servándoles momentos de dedicación especial. No soportaría ver una película repetidas veces solo para producir una crítica o releer la misma novela para generar un aprendizaje mecánico necesario para dar el mismo curso año tras año. Aún cultivo mis aficiones en mi tiempo de esparcimiento de manera individual o con la compañía que encuentre, siempre y cuando esté a la altura de la situación —Mientras dijo estas últimas palabras, escondió sutilmente una pícara sonrisa con su taza de café.

—¿No te desespera la monotonía de la labor diaria? ¿La certeza de no dejar huella, de no ser recordada en la posteridad?

—¿La posteridad? ¿Con qué propósito? No voy a estar viva para ver los dichosos frutos de mi trabajo intelectual, los cuales serían el resultado de industrializar mi capital creativo y vivir bajo reglas ajenas, agendas, contratos, conferencias. Nada podría parecerme más insípido. Soy activa en mi acercamiento a las musas, escribo y compongo, pero como un ejercicio de trascendencia personal, que nada tiene que ver con los demás, lo ejerzo, lo disfruto, no lo produzco como un medio para otro fin, sino como un fin mismo. A su vez, mi trabajo me permite ocupar mi mente en períodos invariantes, dándole orden y motivando el proceso creativo para que alcance su máximo potencial en el momento que desee liberarlo. Asimismo, es una forma de conocer amistades más realistas con las que puedo asistir a eventos sociales, involucrarme en el chisme del momento, hablar de cuestiones que antes consideraba banales, pero ahora veo como enriquecedoras. Puedo explorar otra parte de mí misma, tener diferentes facetas, sin tener que ponerme la máscara de María, la culta, como una prótesis permanente, como tampoco debo hacerlo con la de María, la operaria textil que disfruta los programas de televi-

sión cursis, leer revistas de sociedad e ir a bailar con sus amigas los sábados por la noche. Soy libre, puedo ser quien me haga feliz en ese momento sin tener la carga auto-impuesta de crear una personalidad holística que me defina tajantemente. ¿Nunca sentiste que no sos quien podrías ser por buscar infatigablemente ser quien “deberías” ser?

—Bueno, en aras de seguir con nuestro intercambio honesto, puede ser exasperante pensar siempre en términos de infinito, dividiendo la realidad en complejas categorías filosóficas, tomando notas cada vez que leo un libro, concibiendo siete ensayos diferentes, cruzando referencias con otras obras, sin poder disfrutarlo. Desearía poder pasear por Parque Lezama sin que me paren para preguntarme mi opinión sobre la última obra de Hemingway, sobre la posibilidad de escribir una novela, para mostrarme un borrador o para insultarme por mis posiciones políticas. Anhele poder tener pensamientos, ideas, puntos de vista que no sean públicos, ser libre de reflexionar sin temer a la represalia de grupos contrarios a la libertad de expresión. Detesto hablar en público, que escriban sobre mí en revistas absurdas, ser forzado a compartir panel con otros escritores con los que nada tengo en común. Estoy muy conforme con el trabajo que desarrollé en los últimos años, pero no las actividades y consecuencias que trajeron consigo. Dicho esto, no puedo abandonarlo, algo dentro mío me insta a querer seguir escribiendo, a conservar este aspecto intelectual de mi vida, que parece ser toda mi vida. Spinoza bien decía que todas las cosas quieren preservar en su ser, y yo soy un escritor.

—¿Qué pasaría si pudieras apreciar la lectura, la música, el arte en general, sin tener que hacer un ensayo sobre eso? Podrías incluso hacerlo si así lo desearas, pero por voluntad propia, no por exigencia. Separando el trabajo de la pasión, el

interés de la necesidad, lo privado de lo público. Leer a Stevenson para disfrutar su prosa, no para interpretarlo, criticarlo y trabajarlo.

—Realmente estimo tu intento de diálogo socrático, pero parece ridículo concebir a dos personas distintas viviendo en una, aquel que disfruta del presente, de lo cotidiano, que goza ser invisible en la Capital, ser libre; y aquel que piensa en el infinito, en la eternidad, en etimologías, sonetos y tipografías del siglo XVIII. La gente puede ser frustrante, molesta y ruidosa, pero eliminar mi vida pública solo acrecentaría la soledad en la que vivo desde pequeño y con la cual mantengo una relación de amor-odio.

—Tal vez, como yo, solo necesites a alguien que esté a la altura de la situación y sea capaz de querer a Luisito, el inspector de aves de corral, y al otro, al intelectual —Esta vez la taza de café no se movió de la mesa mientras María sonreía.



LISTA DE REPRODUCCIÓN EN ALEATORIO

A veces solo pienso en vos. Un pensamiento pasajero, que de pasajero no tiene nada, desestabilizador, anárquico. La rutina tiene un orden, una estética. Me levanto, desayuno, hago ejercicio, trabajo, leo, activo el modo automático. Lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. La semana tiene su ritmo, es monótono, se puede disfrutar. Intento combinar placer con deber, leer unos capítulos entre turnos, ver una serie al almorzar, tomar un café con amigos los miércoles. Tengo metas, objetivos, preparar una clase, terminar un paper, ordenar la casa, lavar los platos, ir al gimnasio. Los resuelvo, paso a los siguientes, la mente está ocupada. Mi humor es neutro a positivo, tengo algún bajón ocasional, pero nada significativo. Pongo un poco de música, movida, para tener energía para las tareas que tengo que realizar. La plataforma me ofrece una canción al azar, una canción melancólica, apreto rápidamente el botón para pasar a la siguiente, no me puedo dar el lujo de tener esos pensamientos a mitad de semana.

Mi estado de ánimo durante la semana es bueno, pero estoy cansado, anhelo el fin de semana, se me ocurren proyectos,

cosas que me gustaría hacer, pero no tengo tiempo por el trabajo. Esta idea me hace seguir. Sé que, si sigo trabajando, ordenando la casa, cumpliendo mi deber, el sábado podré escribir, mirar una película entera, andar en bici, salir con amigos, ir a leer al parque. Es esperanzador pensar en todo lo que podré hacer al estar libre, al recibir el tiempo en recompensa por todo el trabajo duro. Llega el fin de semana. Me levanto tarde, recupero el sueño intermitente de la semana. Desayuno tarde, almuerzo aún más tarde. Invito a mis amigos a un plan fuera de lo usual, ir a Capital a pasear. No quieren, están cansados. Los invito a comer afuera en nuestra ciudad. No quieren gastar plata. Los invito a jugar un juego de mesa en mi departamento. No quieren, prefieren quedarse en casa con sus novias o solos viendo una peli. Se me fue el sábado. Miro una peli antes de dormir, me quedo dormido a la mitad. Es domingo. Me levanto tarde. Desayuno tarde y almuerzo aún más tarde. Termino la peli. Me lleva el triple de tiempo porque la pauso para lavar los platos, para ver el celu, para irme a comprar un alfajor al kiosco de la esquina. Son las 7:00 de la tarde. Se está por terminar el finde.

Agarro mis auriculares inalámbricos y salgo a caminar. No tengo un rumbo fijo. Camino pensando en la amistad, el trabajo y el tiempo libre. Me doy cuenta que estoy yendo a mi escuela. No existe la caminata sin rumbo. Repetí el patrón que hice por años. No quiero pasar por la escuela. No puedo permitirme un paseo por el pasado, no vivo ahí, vivo en el presente y no se parecen en nada. Doblo en la avenida anterior. Camino sin pensar en nada específico, solo ruido. No me gustan las canciones que estoy escuchando. Cierro la app y empiezo a escuchar la música que tengo descargada en la tarjeta de memoria. La misma tarjeta que tengo desde el 2012, las mismas

canciones. Un tema de Soda Stereo, uno de AC/DC, Coldplay, Genesis, un tema de Journey... Un nombre, una cara. No me lo permito, pasaron ocho años. Otros nombres, otros rostros. Una vida. Paso la canción. Camino sin rumbo, escuchando música y ruido. System of a Down, Passenger, Kings of Leon, Imagine Dragons, un tema de Green Day... Un tema no, el tema. Un nombre, una cara, un pic-nic, una cita, recuerdos, dolor. No estoy caminando sin rumbo, no existe tal cosa. Estoy en mi barrio, pero no estoy cerca de mi casa, estoy cerca de otra casa. Recupero mis sentidos. Me alejo.

La semana vuelve a empezar. La rutina limpia la mente de pensamientos disruptivos, la da un esquema, una linealidad, un guion. Me inscribo en un taller literario, no tengo tiempo de empezar clases presenciales, pero este taller es en línea y asincrónico. Me llega un libro nuevo. Visito a mis abuelos, ceno con ellos. Contesto las preguntas del programa de trivia favorito de mi abuelo. Llego tarde al trabajo, mi jefe me manda un mensaje, me estreso. Tengo un mal día. Un amigo de la escuela me invita a caminar. Acepto. Hablamos de lo mismo de siempre. Política, amigos, el pasado. No quiero hablar del pasado. Me despido abruptamente. Vuelvo a casa. La semana sigue. Tengo un día largo. Salgo de trabajar. Corro para llegar a la última función de la película que quería ver hace un par de semanas. Estoy muy cansado. Me duermo a la mitad. Me enojo conmigo mismo. Llego a casa. Me acuesto para dormir. Agarro el celular. Empiezo a ver historias, publicaciones, videos. Son las 3:00 de la madrugada, me levanto en cuatro horas y perdí dos con el celular. Lo apago. Me vuelvo a enojar, me reprocho el tiempo que pierdo con el celular. Quiero dormir. Empiezo a pensar en el mensaje de mi jefe. Me duermo.

Se acerca el fin de semana. Estoy contento, al fin voy a poder hacer todo lo que quiero hacer. Es viernes, en dos horas termina mi turno. Estoy de buen humor, todos se dan cuenta. Hago chistes, sonrío, tarareo. Soy libre. Camino a casa. Preparo la cena, voy a ver una peli. No sé qué ver. Empiezo a pensar qué voy a hacer el finde. Mis amigos, seguramente, no se puedan juntar. No tengo ganas de desperdiciarlo de nuevo. Es muy tarde para ver la peli, se me pasó la noche. Me acuesto, sigo pensando en un plan para el sábado. Pienso en ir al cine, esta vez descansado. Me acuerdo de una función particular a la que fui hace unos años. Un nombre, una cara. Intento pensar en otra cosa. Agarro el celular, empiezo a pasar las publicaciones. El domingo hay una convención en Capital. A mis amigos no les va a interesar, ya me puedo imaginar las excusas. Recuerdo una convención en Caballito. Mismo rostro, mismo nombre y apellido. Detesto esto. Detesto que no me deje en paz. Detesto seguir enganchado con una ilusión. Quiero pensar en otra cosa, quiero escribir sobre otras personas, sobre otras temáticas, quiero caminar sin rumbo. Pienso en escribirle. No tiene sentido. Lo hago solo una vez al año por su cumpleaños y ya no quiero hacerlo más. Entro a su perfil. Hay una historia. No quiero verla. No tiene sentido, no puede hacerme ningún bien. Dejo el celular. Me propongo despertarme temprano y salir a andar en bici, llevarme un libro, leer en el parque, decirles a mis amigos desde temprano de tomar un trago a la noche, para disminuir el rango de excusas.

Me despierto. Es tarde para el plan de la bici y el parque. Almuerzo tarde. Miro una peli. Salgo a caminar. Sin música. Pienso en la semana que pasó y en la que viene. Cosas aburridas. En la rutina. Voy a un lugar concurrido. Camino entre la gente. Saludo conocidos. Me siento solo. Veo los juegos

públicos para hacer ejercicio. Recuerdo una noche después de una fiesta, volviendo a casa. Otro nombre, otro rostro. Sonrío. Al menos no es el de siempre. Sigo caminando. Pienso en la historia. Sigo caminando. Quiero verla. Sigo caminando. No tiene sentido. Empiezo a hacer ejercicio. Visito a mis otros abuelos, viven cerca y no los veo hace mucho. La conversación no fluye. Me quedo un rato más. Me voy, camino, pienso en nada, en ruido. Llego a casa. Quiero ver la historia. Reconozco la falta de sentido, pero no aguanto más el incesante ruido en mi cabeza. Ya lo hice mil veces, estoy harto de los ciclos repetitivos, pero no pueden hacerme más daño del que estoy acostumbrado. Veo la historia. Una ecografía. Me siento mal. Le escribo a un amigo. Luego a otro. Lo hablo. Me siento peor. Pongo una comedia romántica que solía ver cuando era adolescente. La veo completa. Me siento mal. Me acuesto. Abrazo la almohada. Estoy cansado.

Empieza otra semana...



DEL OTRO LADO DE LA BIFURCACIÓN¹⁰

Mauricio Ortega se despertó más temprano de lo usual, por lo que decidió ponerse al día con ciertos podcasts de su interés que tenía olvidados. Steven Pinker, Sam Harris y Paul Bloom eran algunos de sus pensadores favoritos. La filosofía y la literatura eran vías de escape a la tediosa rutina en la que se había convertido su vida.

Camino a su estudio jurídico, el olor a pan fresco lo tentó, desviando su camino hacia un pequeño local llamado “El oriental”. Una vez dentro, debió hacer frente a uno de los grandes dilemas de la vida. El descanso de incontables noches le había sido arrebatado por los debates introspectivos sobre la primacía del determinismo o el voluntarismo. Sin embargo, esas preguntas pierden toda complejidad frente a la encrucijada de elegir entre cuernitos y libritos.

Mientras contraponía la blandura de los libritos a la cualidad de los cuernitos de generar menos migas, escuchó una voz que venía de la cocina.

¹⁰ Originalmente publicado en la antología *Tempus de Borges 2022* de Mercedes SADE Internacional (Mención de honor).

—Espere un momento, por favor. Necesito pedirle un consejo respecto a un problema legal.

Mauricio estaba llegando tarde al trabajo y no reconocía a la persona que acompañó esas palabras, por lo que alegó no saber mucho de leyes.

—Es la primera vez que escucho a un abogado reconocer que sabe poco de leyes.

—¿Cómo sabe usted que soy abogado?

—Escuché una charla que tuvo con su mujer el 18 de agosto de 2009 a las 17:35 en la Plaza San Martín. Supe que era la misma persona por su inconfundible cadencia al caminar. Al verlo, la inclinación de su nariz confirmó mi hipótesis, que de hipótesis tenía poco. Ahora, en cuanto a mi problema legal...

Mauricio, irritado, abandonó la panadería. No había logrado comenzar a procesar la situación cuando le llegó un mensaje de su secretaria informándole que a las 16:30 le había apuntado una reunión con un nuevo cliente, un tal Pierre Menard, quien necesitaba defenderse ante una denuncia por violación de derechos de autor.

La reciente irritación se convirtió en jocosidad. Nada más propicio para alterar la rutina monótona de un jurista que encontrarse con un panadero desquiciado y recibir chistes borgeanos de su secretaria.

El renovado humor, sumado al frustrado intento de conseguir cuernitos (o libritos, nunca sabremos cuáles), le generó el deseo de comer algo dulce. Entró a un kiosco cercano a su estudio, agarró un conito de chocolate y una copia de su diario preferido. Mauricio era un hombre moderno, pero la nostalgia jugaba un rol importante en su vida, por lo que no se resistía a leer las noticias en papel.

Mientras hacía la cola para pagar y pensaba en los turnos del día, no pudo evitar escuchar la conversación de dos jóvenes que esperaban detrás de él.

—Pero es increíble. Siempre fue así. Es como esa peli de Woody Allen, la que juegan al tenis, en la que dicen que más vale tener suerte que talento. Es la posta. Mi hermano nunca hizo nada, no conoce el esfuerzo y le va increíblemente bien. La semana pasada le llegó una transferencia equivocada. Es una joda. A mí hace dos semanas me llegó una multa por exceso de velocidad en Catamarca. En mi vida fui a Catamarca, ahora tengo que apelar y es un lío bárbaro. Hago las cosas bien y siempre me pasa una pálida. No entiendo.

—Yo siempre dije que la vida es una auténtica lotería de Babilonia —comentó Mauricio, interesado por la charla.

—¿Una qué?

—Una lotería de Babilonia, como el cuento de Borges.

—No tengo idea de qué estás hablando, flaco.

Nunca había interrumpido una conversación, pero la mención a Woody Allen atrajo su atención y pensó que no sería mala idea tener una charla interesante mientras esperaba. Algo utópico en la fila de un kiosco, más con dos chicos que no conocían a Borges.

Por fin estaba en su despacho. Pidió que le subieran un café, degustó su conito y comenzó a leer el diario. Al llegar a las noticias policiales, se dispuso a hacer una lectura pormenorizada, ya que le recordaban demasiado a su trabajo, lo cual lo aburría inmensamente. Sin embargo, una de ellas llamó su atención. Una mujer había asesinado a su jefe después de que intentara abusar de ella. Lo llamativo era el nombre del muerto, Aarón Loewenthal. Ese nombre le sonaba de algún lado. Muchos de sus clientes eran judíos, por lo que no le parecía un

nombre peculiar, pero sí familiar. Sintió cierto déjà vu al leer la nota. La curiosidad crecía más y más hasta que finalmente se convirtió en confusión. El nombre de la asesina de Loewenthal era Emma Zunz.

Consideró ser la víctima de una broma elaborada, pero no conocía a nadie interesado en planear semejante operación. Además, no frecuentaba el kiosco donde compró el diario, por lo que sería imposible que le hubiesen plantado una copia adulterada. Le gustaba Borges, pero pasaron años desde que había leído su obra y no pensaba en él cotidianamente. En un mismo día, le hicieron un chiste relacionado al escritor (aunque comenzaba a dudar de la naturaleza cómica del mensaje de su secretaria) y una noticia actual coincidía punto a punto con uno de sus cuentos más célebres. Al reflexionar sobre las probabilidades de lo ocurrido, una palabra surcó su mente iluminando (o echando más sombras) el panorama: Irene.

El trote hacia la panadería fue rápido, pero Mauricio no estaba en forma y tuvo que repetir dos veces su pregunta para que sea entendida.

—¿Su apellido es Funes?

—Desde que tengo memoria.

—Me imagino que lo deben cargar constantemente, digo, por el cuento de Borges.

—¿De quién?

—De Jorge Luis Borges, el escritor. ¿No recuerda haber oído de él?

—Los únicos Borges que conozco son una familia que vivió aquí hace mucho tiempo. Su estadía en la ciudad duró solo siete años, pero fueron parte importante de la comunidad. El chico era muy elocuente y su hermanita me hizo un dibujo

muy bonito. Luisito era un gran lector, pero lo único que recuerdo que haya escrito fue un cuento para la escuela secundaria. Lo recuerdo porque ganó el primer premio del concurso de literatura organizado por el curso.

—¿De qué trataba el cuento?

—Era muy ingenioso. El protagonista era un adolescente que había sido atormentado en la escuela, no tenía prácticamente amigos y se refugiaba en los libros. Su sueño más grande era ser un escritor, pero, si bien sus familiares y profesores celebraban sus producciones, consideraba que todos sus escritos eran mediocres, traducciones, ensayos e historias secundarias de clásicos como el Quijote. No podía escribir nada original. Su vida seguía un curso regular, hasta que un día se percató de que el mundo en el que vivía no era el mismo de siempre, era muy parecido, pero no el mismo. Reflexionando sobre este suceso, llegó a la conclusión de que, tras tomar un camino que no era el habitual en su recorrido diario, había sido transportado a una dimensión paralela. Consciente de esta situación, recorrió la ciudad recolectando anécdotas de los habitantes, con el objetivo de intentar volver a su universo natal y escribirlas a modo de historias, convirtiéndose en un gran escritor. Incluso pensó que el protagonista podría justificar su ausencia diciendo que se había mudado una temporada a Ginebra. ¡Qué imaginación tienen los jóvenes!



AQUELLAS TARDES DE DOMINGO

Una soleada tarde de domingo. Los pájaros cantan. El cielo está pintado de naranja. Los chicos juegan en el parque municipal de la ciudad de Mercedes. Algunos de ellos remontan barriletes con sus padres, otros intercambian figuritas, unos pocos juegan a la bolita, un grupo juega con un frisbee. Estoy sentado sobre un mantel con motivos náuticos. Una botella de vino tinto por la mitad; un tetra brik de jugo de naranja para los chicos vacío y en posición horizontal, derrotado por el viento; un sachet de mayonesa al que se le perdió la tapita; las últimas fetas de jamón y queso; del pan solo quedan las migas.

Junto a mí, una mujer, destacan sus rulos castaños, tapados por un sombrero de playa, de esos que tienen un moño al frente. Lee un libro, *Orgullo y prejuicio*, en intervalos menores a un minuto levanta la vista, mira a los chicos jugando y sonrío.

Antes de ir al parque, habíamos almorzado en la casa de mis viejos. Mi mamá hizo ñoquis, era 29. De postre, Milagros, la mujer que a la tarde leería a Jane Austen, preparó un lemon pie para chuparse los dedos. Hablamos de la semana, vimos fotos viejas, de mi infancia, de cuando mis viejos eran chicos. Ju-

gamos a las cartas. Salimos al patio a ver a los chicos jugar, nos sumamos. Mis viejos no vivían muy cerca del parque, pero era domingo y Mercedes no es tan grande, así que los invitamos a pasar la tarde ahí y fuimos caminando. Nosotros fuimos directo al circuito de bicicletas del parque nuevo, ellos fueron a pasear al parque viejo, a ver los juegos oxidados, el puente, a bordear el río. Un paseo por los recuerdos de su infancia, de su juventud.

Los domingos eran un día de escape, una pausa de la rutina. La semana anterior habíamos ido a Tomás Jofré con la familia de mi esposa. Nos gustaba ver a los chicos compartir tiempo con sus abuelos, sus tíos y primos. Almorzamos en un tradicional restaurante de campo. Entrada de fiambres, empanadas y pequeños recipientes con salsas para mojar los grisines. Después vino la parrilla y la pasta. De postre, flan o budín, con crema y dulce de leche. Todo coronado con mate y tortas fritas en la plaza principal. Más tarde, recorrimos el paseo de artesanos, los chicos se compraron un instrumento musical consistente en un pequeño tambor unido a un palito, el cual sonaba al frotarlo rápidamente. Yo me compré unas monedas antiguas para mi colección. Mili estaba charlando con una mujer que vendía figuras de alambre de personas en escenas cotidianas, escribiendo en la computadora o jugando al tenis, por ejemplo. Mis suegros llevaron a los nietos a andar en poni. Sacamos mil fotos. Nunca gastábamos menos de un rollo por domingo.

La rutina de la que escapábamos también tenía sus encantos. Mili trabajaba por la mañana dando clases en una escuela secundaria. Yo trabajaba en un estudio jurídico mañana y tarde. Tras desayunar, pasábamos a buscar a dos amiguitos del barrio de nuestros hijos y los llevábamos a la escuela. Sus padres nos devolvían el favor a la vuelta. Entre el turno de la mañana y la

tarde, volvía rápidamente a casa para almorzar con mi familia, perdía bastante tiempo y me convenía comer en el trabajo, pero valía la pena para escuchar las anécdotas que Mili nos contaba sobre sus alumnos y los dramas que los chicos vivían con sus compañeros. Esta escena se repetía a la tarde, cuando terminaba de trabajar y volvía a casa para merendar. Llegar a casa implicaba ver dos cafés con leche, dos chocolatadas y una lata de galletitas surtidas en la mesa sobre el mantel de gatitos de colores. Todos mirábamos la última serie juvenil con la que se habían enganchado los chicos. Ya no veían dibujitos, no tanto como antes al menos, pero siempre se enganchaban con algún clásico. A las 20:00, empezaba la hora del baño, precuela del desfile en pijamas y la cena, donde los grandes tomábamos el control de la tele para ver el noticiero.

El sábado a la tarde era mío. Mili necesitaba un tiempo de adultos, por lo que se iba a tomar el té a la casa de una de sus amigas y yo me llevaba a los chicos al centro. Agarrábamos la calle 25 desde la 30, viendo las vidrieras de todos los negocios sin entrar a ninguno. Al llegar a la 16, dábamos la vuelta por la 27 hasta la plaza, donde nos sentábamos en La Recova a merendar. Ellos se devoraban las medialunas y desaparecían el jugo de naranja para poder ir a jugar en la estatua de San Martín. Yo me quedaba tomando mi café, mirándolos y pensando en los tiempos en que mi tía me traía y estaba del otro lado de la mesa. Pensar en mi tía me puso más triste de lo que esperaba. Comencé a llorar.

Las lágrimas hicieron interferencia con mis lentes de realidad aumentada. Estaba de vuelta en la actualidad. Sin hijos, sin esposa. Con mucho trabajo y recuerdos de otra época.



LA VOLUNTAD DEL CLARINETE

Martín Farris se consideraba a sí mismo un hombre feliz. Se debatía sobre la incoherencia de pensar a la felicidad como un estado, concibiéndola más como un fenómeno, que se presenta y escapa constantemente; pero se sentía feliz, pleno, para evitar confusiones semánticas.

Vivía solo, en un pequeño departamento cercano al microcentro. Sus días eran rutinarios, no tenía demasiados amigos, no frecuentaba a su familia y su vida romántica era casi nula. Salió por un tiempo con una chica que conoció en la facultad, Giselle, pero eran muy diferentes y la relación no pasó los dos meses. Vista desde afuera, su vida era aburrida, casi deprimente, pero Martín no lo veía así. Las lecturas sobre estoicismo y mindfulness, sumadas a años de introspección, consecuencia de la introversión, lo convencieron de que los pensamientos y la interpretación que hacemos de la realidad suelen estar errados. Estas distorsiones son la causa de los malestares diarios, al reflexionar sobre los mismos, sin ahogarse en las primeras impresiones, se puede tener una existencia consciente, logrando que nuestras acciones sean intencionadas y voluntarias. Apagando el piloto automático, se lograría ser feliz sin importar qué hacemos, decimos o pensamos.

Martín volcaba sus reflexiones sobre la vida en una revista online de arte y cultura con pocas visitas. Uno de sus artículos, *Vagar sin rumbo por un camino construido por otro*, llamó la atención de un think tank, una organización, cuya misión es la mejoría del humor social de los argentinos. Dicha organización consiguió que Martín fuera el invitado de honor de la próxima charla TED organizada en nuestro país, en la cual hablaría sobre el libre albedrío.

Le interesaba la filosofía, pero no los soliloquios infértiles; los debates de café sobre temáticas que exceden ampliamente el entendimiento de los interlocutores; ni los tratados sobre metafísica o cualquier noción demasiado abstracta como para afectar la cotidianeidad. Su vida era la filosofía aplicada, las grandes preguntas, siempre y cuando fueran sucedidas por grandes, o simples, respuestas. Las tesis de su grado y posgrado versan sobre el costado práctico de los conceptos filosóficos clásicos. Solía reflexionar sobre el hecho de que, si bien la doble dialéctica del espíritu de Kierkegaard no te daría respuestas sobre cómo conseguir novia o cómo llegar menos justo a fin de mes, el nouméno y fenómeno kantiano servirían para distinguir lo accesorio de aquello considerado esencial por uno mismo, logrando orientar la propia vida según objetivos claros, acordes a la propia identidad, obviando desviaciones banales o sentidos impuestos externamente. En una palabra, planteaba depurar la filosofía de los constructos puramente académicos y revivir aquellos plausibles de aplicarse al día a día, generando una mejora en la existencia de los individuos que decidan aplicarlos.

Como su próxima charla lo indica, su pasión era el libre albedrío. Gran parte de su vida se divirtió a costas de aquellos que, conscientemente o no, basaban su cotidianeidad en ideas

deterministas. Sus principales víctimas eran los adeptos al horóscopo, no podía creer que el día en que nacieron les fuera suficiente para justificar rasgos de su personalidad. En primer lugar, le parecía increíble que tomaran como referencia los pasajes ambiguos de alguna cuenta de Twitter o de una revista, siendo que quien los escribe simplemente se saca predicciones trilladas de la galera, sin ninguna autoridad, conocimiento ni estudio. No es que se pueda estudiar, esa era otra cosa que no entendía. ¿A qué se supone que se le atribuye la capacidad de escribir el horóscopo? ¿Los editores de estos sitios habrán estudiado una Licenciatura en Astrología de la que nadie escuchó o será un don de nacimiento? Hay muchas personas escribiendo el horóscopo, pero poco escrito sobre el origen de esta habilidad. Martín se preguntaba si él mismo podría escribirlo y publicarlo. La respuesta era afirmativa, mientras que el medio sea “confiable” para su audiencia. Por suerte, esta audiencia específica era de las menos exigentes de las que podía pensar. En segundo lugar, estrictamente relacionado con este punto, no importa la fuente del horóscopo, sino conseguirlo, conseguir algo que alivie la responsabilidad y la culpa por las acciones del creyente. Es mucho más reconfortante decir que se es de tal manera porque se es cáncer, que tomar cartas en el asunto y cambiar aquellos rasgos de personalidad que causan problemas a uno mismo y a terceros. La mística de la determinación de la personalidad por el movimiento de los astros también aporta cierta magia y presencia cósmica que rompe con la abrumadora cotidianeidad. Tal era el escepticismo de Martín por las explicaciones apriorísticas de sucesos o rasgos de personalidad. Cabe aclarar, que Martín era acuuario. Lo que explica mucho, o nada, dependiendo del lector.

Giselle, su fugaz novia, realizaba varias de las prácticas que él criticaba. Tiraba las cartas, leía las palmas de las manos, interpretaba mapas natales, el paquete completo. Le entretenían las declaraciones sin sentido que realizaba al entrar en modo pitonisa. Recordaba una muy peculiar que le hizo mientras tomaban un café en el Museo de Arte Moderno, en la cual se refirió a él como el profeta de Poseidón. Las diferencias eran insalvables para Martín, no podía estar con alguien que creyera en la determinación del futuro, de la realidad. La separación fue dura, ya que a Giselle no le molestaban esas diferencias y estaba enamorada de él.

Sin embargo, en algún momento entre su tercera y cuarta década, cambió su perspectiva sobre las personas que adoptan explicaciones deterministas de la realidad. Burlarse de ellos no parecía justo y no cambiaba nada. Martín era una persona práctica, por lo que volcó su energía en intentar demostrar lo absurdo de pensar que existen causas externas que den cuenta de lo que va a suceder o de lo que sucede actualmente. Lo consideraba una gesta filantrópica, puesto que, al dejar de creer en determinismos apriorísticos, que todo está escrito, que existe un destino personal, se asume la libertad de ser dueños de nuestro futuro, inquilinos al menos. De esta manera, se podría, teniendo en cuenta limitaciones físicas, económicas e intelectuales, asumir responsabilidad por el rumbo que toma nuestra vida, siendo conscientes de la capacidad de cambiarlo.

La charla TED era el primer paso. Luego, aceptaría el puesto de profesor que su alma mater le ofrecía insistentemente hacía años. Incluso se dispuso a realizar el doctorado en filosofía, no porque considerase que enriquecería teóricamente su campaña por el libre albedrío, sino porque el sistema de divulgación científica estaba organizado de tal manera que obstaculizaba la

difusión de los trabajos cuyos autores carecieran de un PhD. Finalmente, se mudaría a Barbados, donde difundiría su mensaje a todo el mundo vía internet, pudiendo dar clases a distancia en su universidad y gozar del país al que siempre había deseado conocer. Nada lo ataba a Buenos Aires y, fiel a su posición de ser el único determinante de su porvenir, estaba siguiendo todas las ambiciones que había delineado cuidadosamente durante los años.

...

El vacío. Un espacio en ningún lugar, en un tiempo fuera del tiempo. Oscuridad. Silencio. De pronto, despierta. No tiene nombre, porque no existió nada ni nadie para nombrarlo. Tiene una forma inespecífica, similar a la de un calamar gigante de color azul. Comienza a tocar el clarinete. El silencio desaparece. El vacío también. Es reemplazado por imágenes. Imágenes creadas a partir de la música interpretada por el ser más antiguo de la existencia. Las coloridas visiones desaparecen. Se transportan a otros mundos, los habitan. Son rápidamente sucedidas por otras nuevas.

La nada es inundada por un niño que por error llega a una tierra lejana a su hogar. Luego, vuelve, pero la realidad fue cambiada, su futuro alterado, encuentra el amor, pero no la fama. Se esfuma.

Una comunidad de seres asombrosos, poderosos, llamadas brujas por los demás. Viven atemorizadas de los individuos sin poder, creen que se roban a sus niños. Los otros, aterrados de lo diferente, las acusan de lo mismo, de robarse a sus hijos. Sus capacidades son múltiples, tantas que no las conocen todas. Ignoran que, al tocar a un ser sin poder, sus cuerpos cambiarán. Ellas perderán sus poderes, habitando el nuevo cuerpo,

ellos morirán, por no poder soportar la estructura de un cuerpo tan poderoso. Se esfuma.

Un escritor que crea historias dentro de historias. Finales inesperados. Reflexiones convertidas en relatos. Sabe demasiado. Saluda al calamar. Este se apura en cambiar de canción.

La canción actual. Una mujer con poderes mágicos que vive en un mundo que reniega de la magia. Hace trucos baratos para ganarse la vida. Ella, al igual que sus hermanos, no puede revelar la fuente de sus poderes, no le está permitido. Se enamora de un humano sin magia. Un humano destinado a iniciar una cruzada contra la magia. Un sembrador de escepticismo. Le revela su futuro como divulgador de creencias en una tierra cuya bandera recuerda a cierto dios marítimo. Se esfuma.

Silencio, oscuridad y vacío... al menos hasta que el sueño termine y la música vuelva a sonar. ¿Qué imágenes desprenderá la próxima vez?

Dinastía

Es hora de sumergirnos en un fascinante viaje a través de los confines de la imaginación con esta colección de relatos cautivadores. En este compendio apreciaremos el legado de las temáticas borgeanas, el cine de Woody Allen, las preocupaciones de George Orwell y giros en la trama que recuerdan a las películas de M. Night Shyamalan, elementos materializados con un tinte propio, respirando con una impronta nueva y dispersos en distintos relatos con un hilo conector develado hacia el final.

Entre los cuentos, hallaremos desde el gigantesco avance de la inteligencia artificial, hasta la desesperación por aparentar una existencia perfecta en las redes sociales. Nos toparemos con carismáticos personajes, como una niña enfrentándose a los peligros de un bosque misterioso, hasta un adolescente y su desesperado anhelo por conocer la nieve. También seremos testigos de un joven atormentado por visiones recurrentes que lo llevan a recuerdos indeseados.

Con giros sorprendentes e intérpretes inolvidables, esta colección te llevará hacia mundos únicos y te hará reflexionar sobre el constante cambio de nuestro mundo. Prepárate para una experiencia literaria que desafiará tus percepciones y te llevará por senderos inexplorados.

www.DinastíaEditorial.com



@DinastíaEditorial

